2753

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CUANDO DE CINCUENTA PASES,....,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no ese... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo
Juan sin Tierra
Juan sin Peoa.
Jorge el artesano
Juan Dienie.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinc
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos esp
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Ferr
Las floresi de Don Jua
Las apariencias.
Las gueeras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perd
La escala del poder.
Las cuatro estaciones
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la C
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camach
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Monter
Los pecados de los pa
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta
La peor cuña.
La choza del almadre
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vient
La agenda de Correla
La cruz de oro.
La caja del regimien
Las sisas de mi muje
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

CUANDO DE CINCUENTA PASES,...,

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/cuandodecincuent00bret

CUANDO DE CINCUENTA PASES,...,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS,

Estrenada en el Teatro del Príncipe, en 24 de Diciembre de 1864.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
MANUELA.....	Sra. D.ª Matilde Díez.
LUISA.....	Sra. D.ª Emilia Sanz.
DOÑA CRISPINA..	Sra. D.ª Emilia Dansant.
EL MARQUÉS.....	Sr. D. Manuel Catalina.
D. GAUDENCIO....	Sr. D. Juan Catalina.
D. EDUARDO.....	Sr. D. Manuel Pastrana.

La accion pasa en una quinta del Marqués próxima al ferro-carril del Norte.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala baja con puerta en el foro, que deja ver un jardin; otras dos á la derecha del actor, de las cuales la primera, esto es, la mas cercana al proscenio, guia al zaguan, y tambien á otras piezas interiores; otras dos á la izquierda. Muebles adecuados, entre ellos un velador.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, D. GAUDENCIO.

(Llegan por la puerta primera de la derecha, y deja cada cual su sombrero en cualquier mueble.

MARQ. Vuelve á abrazarme, Gaudencio.
¡Cuánto te agradezco, cuánto
esta visita!

D. GAUD. No bien
llega tu carta á mis manos,
única que de tu puño
he recibido en tres años
de ausencia, arreglo el baúl,
corro á la estacion, me embarco
en el tren nocturno, y llego,
querido Juan, á tus brazos.

MARQ. Bien venido una y mil veces.
(Se sientan.)

D. Gaud. ¿Conque Marqués de Valgayo...
Marq. Sí, por la gracia de Dios
y la muerte de mi hermano
que esté en gloria. Desde Burgos,
donde me hallaba mandando
un regimiento, preciso
fué hacer un viaje á Betánzos;
que allí en gran parte radican
los bienes del mayorazgo.
Un mes tras de otro, hasta siete,
ocupé en el *maremágnum*
de reconocer las fincas,
de examinar los legajos,
de legitimar la herencia,
cumplir mandas y sufragios...
Por último, emancipándome
de curas y de notarios,
vuelvo la proa á Castilla
y en esta granja me instalo,
que tambien me reconoce
por su nuevo propietario.
D. Gaud. Sea en buen hora. ¿Es cuantiosa
la renta del marquesado?
Marq. Decentita y nada mas:
de diez á once mil ducados.—
Oída esta explicacion,
caro amigo, y confesando
que soy algo perezoso
para escribir...
D. Gaud. Y mas que algo.
Marq. Ya no debe parecerte
mi silencio tan extraño.
D. Gaud. Cierto; y amigos leales
desde que éramos muchachos...,
ya es larga la fecha, Juan!,
y en balde los escolapios
nos explicaban bellezas
de Ciceron y de Horacio,
nos queremos y servimos
aunque no nos escribamos.
Ya ves que no hago melindres
para acudir al reclamo.

¿Y dónde mejor que en esta
bella quinta y á tu lado
pasara yo los calores
del estío?

MARQ. El clima es sano
y fresco, la caza abunda,
cuidaré de tu regalo;
pero léjos de Madrid
te aburrirás...

D. GAUD. No.

MARQ. En un páramo...

D. GAUD. No tal: yo á todo me avengo.—
Pero, qué! ¿tan solitario
vives...

MARQ. Por ahora, sí;
que es insociable el verano;
mas no pienso resignarme
á la vida de ermitaño.—
Ni absoluta soledad
es la mia. Los encantos
de una interesante jóven...

D. GAUD. Hola!

MARQ. No hagas comentarios.
Es una sobrina mia.

D. GAUD. Y que lo sea! Eso...

MARQ. La amo...

D. GAUD. Pues ya!

MARQ. Como un padre. Soy
su tutor, su único amparo.
Huérfana desde muy niña
y yo soltero y soldado,
su educacion y crianza
tomar no pude á mi cargo.
Con una lejana tia
vivió,—yo pagaba el gasto—,
primero en Madrid, despues,
porque los aires del campo
mejorasen su salud,
que sufrió algun menoscabo,
en Arévalo, y de allí
la traje á fines de Mayo,
pudiendo ya mejor que ántes

cumplir un deber tan grato,
ya que, en vez de concederme
el merecido entorchado,
plugo al Ministro dejarme
en situacion de reemplazo.—
Pero tú no habrás dormido...

D. GAUD. Poco.

MARQ. Pues lo que es descanso
aquí no te ha de faltar.
(Levantándose y mostrando la puerta de la izquierda inmediata al foro.)
Allí te he dispuesto un cuarto
con vista al jardin...

D. GAUD. (Levantándose.) No hay prisa.

MARQ. Querrás tomar un bocado
primero.

D. GAUD. Para almorzar,
todavía es muy temprano.
Ahora chocolate...

MARQ. Aquí
lo tomarémos entrambos.
(Llamando.)
Manuela!

D. GAUD. ¿Conque soltero
todavía?

MARQ. ...Sí...

D. GAUD. Lo aplaudo.
Yo tambien...

ESCENA II.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. MANUELA.

MAN. Qué manda usted?

D GAUD. (Vaya una moza de garbo!)

MARQ. Tráenos aquí el chocolate,
y si ya se ha levantado
la niña...

MAN. Se está vistiendo.
(Quién será ese ente tan raro?)

MARQ. Dile que venga.

MAN. Está bien.

ESCENA III.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

D. GAUD. Diantre! no es moco de pavo
esa hembra. ¿Eres su... tutor
tambien?
MARQ. Malicioso! Su amo,
nada mas. Ella y su madre,
que está baldada de un brazo,
cuidaban ya de esta hacienda
ántes de morir Bernardo;
me dieron buenos informes
de las dos, y sin reparo
á la madre y á la hija
comprendí en el inventario.
Era justo, y no me pesa;
que Manuela es un dechado
de lealtad y discrecion
y talento. Hay mas de cuatro
señoritas linajudas
que no valen otro tanto.
Yo la estimo y la respeto.
D. GAUD. Mucho te has morigerado.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. MANUELA.

Manuela trae y coloca sobre el velador el servicio del chocolate.

MAN. Ya están ustedes servidos.
(Se sientan y toman el chocolate.)
MARQ. Vamos.
D. GAUD. Es muy de mi gusto...
MARQ. El chocolate?
GAUD. (La moza.)
(Tomando una sopa y mirando á hurtadillas á Manuela.)
Cosa rica!
MARQ. Es soconusco.—

Y mi sobrina?

MAN. En su cuarto
le serviré el desayuno,
y luego que esté peinada
vendrá...

MARQ. ¿Qué importa...

D. GAUD. No es justo
exhibirla en *negligé*,
y aunque yo me la figuro
donosa y linda...

MARQ. En efecto.

D. GAUD. Al mas perfecto dibujo
no perjudica...

MARQ. (Á Manuela.) Está bien;
pero que no tarde mucho.

ESCENA V.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

D. GAUD. Y ahora que tu buena estrella,—
salvo rezar al difunto,—
con herencia tan bonita
ha aumentado tu peculio,
y al don de la libertad
juntas...

MARQ. Ah!

D. GAUD. El de estar robusto...

MARQ. Pche!...

D. GAUD. Aunque, como yo, te acercas
al duodécimo lustro,
¿en dónde piensas plantar
tus reales?

MARQ. Áun no sé el rumbo
que tomaré. Eso depende...

D. GAUD. ¿Cómo tan serio,... tan mustio...
Qué te pasa? qué meditas?
has tenido algun disgusto?

MARQ. No, pero mis circunstancias
han cambiado, y Dios y el mundo
me imponen el sacrificio
de...

D. GAUD. Ay Juan, Juan de mi alma!... Escrúpulos?
te ha convertido algun neo?
piensas hacerte cartujo?
MARQ. Nada de eso.
D. GAUD. Desdichado!,
¿aspiras al férreo yugo
matrimonial?
MARQ. Por qué no?
D. GAUD. Casarte, ya tan machucho!
MARQ. Otros mas viejos se casan,
y yo...
D. GAUD. Desatino! absurdo!
(Se levantan.)
MARQ. Es tan triste el celibato!
D. GAUD. Harto mas triste es un nudo,
mejor diria un dogal,
que sólo rompe el sepulcro.
MARQ. Heredo un solar ilustre
y no quiero ser el último
de mi alcurnia.
D. GAUD. Ba!
MARQ. Y bien puedo
sin ser un santo ni un buho
recogerme á buen vivir.
D. GAUD. Pero, infeliz catecúmeno,
¿cómo tantos escarmientos
no te horripilan? ¿El único
has de ser tú que se libre...
MARQ. Tú exageras. Hay algunos
que son felices. ¿Por qué
no he de entrar yo en este número?
D. GAUD. Hable un poeta por mí:
en su autoridad me fundo.
MARQ. Autoridad un poeta!
D. GAUD. Oye, y tiembla.
MARQ. Ya te escucho.
D. GAUD. «Que es el mejor estado
dice cierto doctor
el casto matrimonio
si le bendice Dios;
pero ¿y si el diablo al mio
le echa una maldicion?

Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.
¡Ay, que de todo tiene
la viña del Señor!
Y ello es que el susodicho
doctor no se casó.
Por si acaso me sale
calabaza el melon,
que se case quien quiera:
yo no me caso, no.
Si es la mujer celosa,
qué mortificacion!
Respirar no te deja
ni á la sombra ni al sol.
Si infiel... Ah! los cabellos
se erizan de terror.
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.
Mas doy que humilde sea,
que sea casta doy;
¿y si me encuentro luego
con que come por dos?
Y si me sale puerca?
Cielos! esto es peor.
Que se case un demonio:
yo no me caso, no.
Si en casa te la dejas,
la hostiga un seductor;
si al Prado la conduces,
te llaman maricon;
si al baile, te la soban;
si á las máscaras... Oh!!!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.
Y todo esto no es nada,
que áun falta lo mejor:
falta el primito alférez
que con ella creció;
falta la suegra adusta;
falta el cuñado hambron...
Ah! cásese quien quiera:
yo no me caso, no.

Luego el preñado viene,—
ay Vírgen de la O!,
y el parto, y con el parto
el zafio comadron,
y la voraz nodriza...
Basta! no mas! qué horror!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.»

MARQ. Lindo! Pues para que veas
qué fe merece un alumno
de Apolo, el mismo escritor
esta letrilla compuso:
«Harto estoy, viven los cielos,
de andar á salto de mata.
Aunque dé con una ingrata,
y mas que rabie de celos
y haga en Madrid el payaso,
esto es hecho. *Yo me caso.*
Se me atreve la fregona;
me calumnia la tendera;
me roba la lavandera;
me cuida mal la patrona;
y eso, que nada le taso.
Está visto. *Yo me caso.*
No hay gozo para un soltero
sin afan, sin inquietud.
Hoy naufraga su salud
y mañana su dinero;
y pues ya de niño paso,
decidido estoy: *me caso.*
No me la echará de monja,
al ménos, mujer ya mia,
ni estudiaré noche y dia
frases de necia lisonja,
suspiros de Garcilaso.
Qué boberia! *Me caso.*
¿No es mejor con mi consorte
dormir como Dios me manda
entre sábanas de holanda
sin temer al sur ni al norte,
que pasar la noche al raso
por una... Zape! *Me caso.*

Si soy despues de las bodas
lo que otros..., cómo ha de ser!
Me engañará una mujer;
mas ahora me engañan todas.
Oh! quiero apurar el vaso
de una vez. Ea! *me caso.*»

D. GAUD. Dios conceda á tu himeneo
larga prole y dicha y paz:
yo, solteron contumaz,
viviré del merodeo.

MARQ. ¡Sí, entre mozuelas de tres
al cuarto! Ruin apetito!

D. GAUD. Son mi plato favorito.

MARQ. ¡Quita...

D. GAUD. Yo no soy marqués.
No tu austeridad me tilde
si, *traviata* por *traviata*,
me atengo á la mas barata,
prefiero la mas humilde.
No hay en goces y placeres
pragmática que nos mande.
Rica y pobre, chica y grande,
todas al fin son mujeres.

MARQ. Sin embargo...

D. GAUD. Por ventura
¿tan sólo en la aristocracia
vinculó Vénus la gracia
y derramó la hermosura?
Ha habido en Madrid, de véras!,
unas caras como soles
y cuerpos de tres bemoles
en el ramo de niñeras.—
Ay! pero ya entre esas... damas
la belleza es contrabando,
porque se van escamando...

MARQ. Ellas?

D. GAUD. No, ellas no; sus amas.

ESCENA VI.

EL MARQUES. D. GAUDENCIO. LUISA.

MARQ. Ya está aquí mi Luisa.
LUISA. (Haciendo una cortesía.) Pido
mil perdones...
D. GAUD. Á los piés
de usted...
LUISA. (Qué veo!)
D. GAUD. (Ella es!)
LUISA. Sea usted muy bien venido.
MARQ. (Presentándole.)
Don Gaudencio Almonacid...
LUISA. Ya tenía yo el honor
de conocer al señor...
MARQ. Sí?
D. GAUD. La he tratado en Madrid.
LUISA. Poco.
D. GAUD. En efecto. (Ay Ruperta!)
LUISA. Vivia en la vecindad...
D. GAUD. Cierto.
LUISA. Y por urbanidad
mi tia doña Mamerta...
MARQ. Entiendo.
D. GAUD. Ignorante yo
de que fuese tu sobrina
criatura tan divina...
LUISA. No tal; yo...
MARQ. Cómo que no?
D. GAUD. Tan galante y tan asíduo
como era razon no fuí.
LUISA. No importa... (¿Á qué vendrá aquí
este grotesco individuo?)
LARQ. Sé ahora su caballero
pues los dos vivís conmigo.
(Á Luisa.)
Este es mi mejor amigo.
LUISA. (Qué amigo tan chapucero!)
Desde hoy lo es mio tambien.
D. GAUD. Con tal ángel, camarada,

no falta á tu quinta nada
para ser segundo Eden.

LUISA. Gracias.

D. GAUD. Ahora, aunque me arguya
Luisita de poco atento...

LUISA. No...

D. GAUD. Descansaré un momento,
con tu licencia y la suya.

LUISA. Si otra cosa no me manda
mi tio, á regar las flores
iré yo...

MARQ. Son sus amores.

D. GAUD. (Fatal recuerdo!)

MARQ. Sí; anda.

LUISA. Hasta despues, Don Gaudencio.

D. GAUD. (Siguiéndola.)
El brazo...

LUISA. (Sonriéndose.) No estoy enferma.
Muchas gracias. Usted duerma...

D. GAUD. (En voz baja.)
¿Sabe algo...

LUISA. (Lo mismo.) Nada. Silencio! (Váse.)

D. GAUD. Es este mi camarin?

MARQ. (Abriendo la puerta segunda de la izquierda.)
Sí. Que duermas bien.

D. GAUD. (Entrando.) Amén.

MARQ. Hasta luego.
(Dirigiéndose al foro.)
Yo tambien
daré un vistazo al jardin

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

MAN. Señor!...

MARQ. Qué ocurre, Manuela?

MAN. Una dama y un galan
á nuestra puerta han llegado
pidiendo hospitalidad.

MARQ. Pero á título ¿de qué?
Los conoces tú?

MAN. Jamás
los he visto. Ella se aflige...
MARQ. Algun imprevisto azar...
MAN. Si: el tren ha descarrilado...
Esperan en el portal...
MARQ. ¡Es gaita...
MAN. Les digo que entren?
MARQ. Sí, mujer.
MAN. Voy... Aquí están.

ESCENA VIII.

El MARQUÉS. MANUELA. DOÑA CRISPINA. D. EDUARDO.

D.ª CRIS. Ay Jesus!...
D. ED. Aunque no tengo
el honor...
D.ª CRIS. Este sofá...
(Se deja caer en él.)
Permita usted...
MARQ. Sí, señora.
(Manuela recoge despacio el servicio de chocolate.)
D.ª CRIS. (Abanicándose.)
Uf!
MARQ. Viene herida?
D. ED. No tal.
Leve ha sido la avería,
á Dios gracias, y no hay,
á excepcion de un fogonero
contuso, que lamentar
desgracia alguna.
D.ª CRIS. No obstante,
la trepidacion y la...
(Con imperio.)
Un vaso de agua, muchacha!
MAN. (Qué tono de autoridad!)
D.ª CRIS. Y luego cruzar á pié
con un calor infernal
media legua de camino...
D. ED. (En voz baja.)
Un kilómetro, lo más.
MAN. (Dando el agua á Doña Crispina.)

Agua.

D.ª CRIS. Venga.

(La bebe, y Manuela se retira, llevándose lo que había en el velador.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. EDUARDO

D. ED. La estacion
cercana es provisional
y no ofrece á los viajeros
ninguna comodidad.
Yo, ingeniero de la Empresa,
me hallaba trazando el plan
de una mejor. La señora,
que allí se encontraba mal,
acertó á ver esta quinta,
quiso en ella descansar,
y vencido de sus ruegos
me atreví...

D.ª CRIS Viaje fatal!

MARQ. Á uno y otro hospedaré
con la mejor voluntad.

D.ª CRIS. Muchas gracias. (Esa voz...)

D. ED. En media hora, ántes quizá,
se habilitará la via
y el tren volverá á rodar.
Voy á activar los trabajos...

MARQ. (Esa cara...)

D. ED. Si me dan
ustedes permiso.

D.ª CRIS. Ah! sí.
Y avise usted.

D. ED. Claro está.

(Saluda y vase.)

ESCENA X.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA.

MARQ. Qué tal se halla usted?

D.ª CRIS. (Levantándose.) Muy bien.
Ya ha pasado la zozobra
que me causó el zarandeo.
MARQ. Era natural.
D.ª CRIS. Y ahora
que he descansado... Á Dios gracias,
tengo una salud marmórea.
MARQ. Sí? Lo celebro infinito.
D.ª CRIS. (No caigo...)
MARQ. (No hago memoria...)
Va usted á la corte?
D.ª CRIS. No;
vuelvo. He tomado en Santoña
baños de mar.
MARQ. Si me es lícito
saber quién es la que me honra...
D.ª CRIS. La honrada soy yo. Mi nombre?
Lo diré sin ceremonia:
Crispina Ruiz.
MARQ. Ella es!
D.ª CRIS. Cómo!... ¿Y usted...
MARQ. Juan Mendoza.
D.ª CRIS. Sí, Juan! Juanito! Ya el alma
me lo decia afanosa.
Venga esa mano.
MARQ. (Dándosela.) Crispina!
D.ª CRIS. Nos vimos en Zaragoza
por primera vez...
MARQ. Sí, el año
de...
D.ª CRIS. La fecha es ya remota.
MARQ. De cuarenta y uno.
D.ª CRIS. Y fuimos
muy amigos.
MARQ. Y á otra cosa
mejor aspiré.
D.ª CRIS. En efecto,
tuve el lauro de ser novia
de usted...
MARQ. Pero la inconstancia
de usted deshizo la boda.
D.ª CRIS. No, no fué inconstancia; fué

que áun llevaba usted capona
en el hombro izquierdo.

MARQ. Sí.

D.ª CRIS. Y mamá, que de Dios goza,
me dijo: «No, que si enviudas
te excluirán de la nónima
del Montepío.»

MARQ. Y despues,—
cuente usted toda la historia,—
un *quidam* me suplantó...

D.ª CRIS. No negaré...

MARQ. El de la lonja
de ultramarinos.

D.ª CRIS. Ay! sí.
Qué quiere usted! Yo era moza
inexperta, él rico...

MARQ. Ya!

D.ª CRIS. Y mi madre codiciosa...
En fin, aunque desmentia
mi corazon á mi boca,
dí el sí funesto...

MARQ. Funesto?
No tanto, porque la crónica
refiere que mi rival
hizo una fortuna loca.

D.ª CRIS. Ay, sí, señor! Le llamaban
el tiburon de la Bolsa.

MARQ. Le llamaban... Qué! murió?

D.ª CRIS. Ay! yace bajo una losa
tres años ha.

MARQ. Y... dejó prole?

D.ª CRIS. No. Ay Dios!

MARQ. (Aunque algo jamona,
áun conserva... Oh! sí.) ¿Y á quién
dejó la herencia?

D.ª CRIS. Á mí sola.

MARQ. (Cáspita!) ¿Y qué capital...

D.ª CRIS. Ay! doce millones.

MARQ. (Sopla!)

D.ª CRIS. Y usted... se ha casado?

MARQ. Ay! no.
Mirar no he podido á otra

desde que usted...
D.ª Cris. Es posible!
Oh fidelidad heróica!—
Y... ha hecho usted carrera?
Marq. Pché!...
Soy coronel.
D.ª Cris. Hola, hola!
Coronel... Bonito empleo!
Marq. De reemplazo.
D.ª Cris. Eso qué importa?
Marq. Tambien (Bueno es que lo sepa.)
he heredado...
D.ª Cris. Tambien? Oiga!
Millones?
Marq. No; un marquesado.
La renta es una bicoca...
D.ª Cris. Oh! pero no lo es un título
de Castilla. (¡Poco oronda
iría yo en un landó
con escudo y con corona!)
Celebro... Marqués... de qué?
Marq. De Valgayo y Ribalonga.
D.ª Cris. (Título! Tras de eso andaba.)
Marq. (Millonaria! Me acomoda.)
D.ª Cris. Ahora bien, señor Marqués,
hablando en plata y en prosa;
que me dan ese derecho
los millones que me sobran;
ya que la casualidad,
ó más bien la mano próvida
de Dios, vuelve á reunirnos,
y en nuestras almas retoña
la antigua pasion, y yo
me reconozco deudora
de esta mano á quien primero
la solicitó; estoy pronta
á dársela á usted, Juanito,
y aquí paz y despues gloria.
Marq. La acepto, hermosa Crispina.
D.ª Cris. Cómo! áun te parezco hermosa?
Ya paso de los cuarenta.
Marq. Te lo digo sin lisonja.

D.ª Cris. Tanto mejor. (Cuando pasan
rábanos...)
Marq. (Áun no es tan momia,
que no pueda darme un vástago...)
Pero la locomotora
va á separarnos...
D.ª Cris. No tal.
Mandaré traer mi ropa...
Marq. Oh dicha!
D.ª Cris. Seré tu huéspeda
primero, y despues tu esposa.
Marq. Sí, sí. Toma posesion
como de la tuya propia
de esta casa.
D.ª Cris. Con tu vénia
iré á atusarme las cocas,
lavarme y...
Marq. Sí, prenda mia.
(Llamando.)
Manuela!
D.ª Cris. Tras la congoja
del imprevisto columpio
caminar por una trocha
endiablada...

ESCENA XI.

El marqués. doña crispina. manuela.

Man. Mande usted.
D. Cris. Ya ves, esto deteriora...
Marq. No, á tí no; pero...
(Á Manuela.)
Obedece
como á mi misma persona
á esta dama.
Man. Está muy bien.
(¡Yo servir á una pandorga...)
Marq. Condúcela al tocador,
y si es preciso, á la alcoba,
al...
D.ª Cris. Guie usted.—Pronto vuelvo.
(Despues que Manuela se retira por la puerta se

da de la derecha)
Adios, pichon! (Sigue á Manuela.)

MCRQ. Adios, tórtola!

ESCENA XII.

EI MARQUÉS.

¡Oh venturoso percance
que con alianza tan cóngrua,
tan conforme á mi deseo,
me enriquece y me conforta!
Dice un antiguo refran,
que ya es para mí un axioma,
«no hay mal que por bien no venga.»
Hoy la misma galeota
que en mis años juveniles
me huyó virando de popa,
cambia el rumbo y á mis brazos
voluntariamente aborda.
No hay duda: una misma estrella
nos influye y nos asocia.—
El tiempo no pasa en balde;
no puede ser tan fogosa
como antaño una pasion
trasnochada ya y retrógrada;
mas todavía conserva
Crispina, aunque no es bisoña,
cierto atractivo..., y por último,
sus millones la remozan.

ESCENA XIII.

EI MARQUÉS. MANUELA.

MAN. Señor Marqués!...
MARQ. Vuelves ya!
MAN. Quisiera saber, Señor...
MARQ. Y Crispina? Dónde está?
MAN. La dejo en el tocador.
MARQ. ¿Cómo de tí no se ayuda
para arreglarse el cabello?

MAN. No quiere; y tiene sin duda
sus razones para ello.
MARQ. Manucla, ten caridad.
(¡Cielos, si será postizo?)
Sólo por bondad...
MAN. Bondad!
Áspera es como un erizo.—
Pero al fin, si vá de paso...,
y eso venía á saber.
MARQ. No. Se queda aquí. Me caso.
MAN. Gran Dios! Con esa mujer?
MARE. Mujer! Qué lenguaje es ese?
Trátala con mas respeto.
MAN. Quiera Dios que no le pese
á usted...
MARQ. No. Yo te prometo...
Pero ¿la conoces tú?
MAN. No, ni á nadie de su casta,
pero para hacerle el bu
con verla una vez me basta.
MARQ. ¿Cómo... ¿Qué jurisdiccion
tienes tú aquí...
MAN. Yo no digo...
MARQ. ¿Necesita tu sancion
la que se case conmigo?
MAN. No, pero yo, en el pellejo
de usted, no llevara á mal
que me diese un buen consejo
una criada leal.
MARQ. ¿Y qué me aconsejarias
si te consultase?
MAN. Yo?
Que un señor entrado en dias
no debe casarse.
MARQ. No?—
Mas ya la causa penetro
de hablarme así. No eres boba,
y temes perder el cetro...
MAN. Bravo cetro es una escoba!
Sólo usted es aquí el rey,
y si le voy á la mano
es porque le tengo ley;

no por interes villano.

MARQ. Así lo creo; perdona;
pero casarme proyecto
porque mi casa infanzona
tenga sucesor directo.

MAN. Pero es cosa que horroriza
dar la mano, habiendo mil,
á quién? Á una advenediza
que aborta el ferro-carril.
Jesus! Jesus!

MARQ. (Se santigua!)
No amo yo tan de repente.
Es mi amiga y dama antigua...

MAN. Lo de antigua es evidente.

MARQ. Hum!... Cállate, bachillera.

MAN. Habla usted de sucesion...

MARQ. Si tal.

MAN. Y no considera
lo que va de hembra á varon.
¡Miren qué tierna doncella
para echar cuentas galanas...

MARQ. Tengo diez años más que ella.

MAN. Pero usted ya peina canas.

MARQ. Oh! la viudez no me aflige
tanto, que...

MAN. Cuántos? sesenta?

MARQ. Menos tres.

MAN. Luego á ese dije
faltan tres para cincuenta.

MARQ. Cómo! Ella cuarenta y siete?

MAN. Claro; usted le lleva diez...

MARQ. Ó más. (Me pone en un brete.)

MAN. Por la boca muere el pez.
Es soltera la madama?

MARQ. No; viuda.

MAN. Tiene algun hijo?

MARQ. No; pero cuenta la fama
que el difunto era canijo.
Dios querrá, y mi fe lo espera,
bendecir nuestra coyunda,
y si estéril la primera,
no lo será la segunda.

Siendo sana una mujer,
como ella, no es cosa rara...

MAN. Yo me obligo á mantener
todos los hijos que pára.

MARQ. Por qué aborrecerla así?
Es manía singular!

MAN. (Con la mano en la garganta.)
Se me ha atravesado aquí
y no la puedo tragar.

MARQ. Pues, hija, aunque tú te enfades...
¿Qué dirias de mi cholla
si con tantas navidades
aspirase yo á una polla!

MAN. Que es disculpable locura
prendarse de un lindo busto,
y ya que no su cordura
probara usted su buen gusto.

MARQ. ¡Ay, que no hacen equilibrio
adolescencia y vejez!
Ay! yo sería ludibrio
de ella y del mundo.

MAN. Tal vez.
Quien las tema...

MARQ. Guarda, Pablo!

MAN. Viejas y niñas roproche.

MARQ. En verdad...

MAN. Mas ya que el diablo
nos lleve, que sea en coche;
y aunque son con las novicias
más de temer los... perjuicios,
mejor es cobrar primicias
que rebuscar desperdicios.

MARQ. Mirándolo de ese modo,
tienes razon, pesia tal!

MAN. Yo...

MARQ. Y en eso como en todo
un talento y una sal...

MAN. Favor que usted me dispensa.

MARQ. Mas mi futura, hija mia,
tiene una fortuna inmensa,
y esto hace su apología.

MAN. La de usted no es tan escasa...

(Duro es como una bigornia.)

MARQ. Con tal refuerzo, mi casa
va á ser otra California.

MAN. ¡Y al oro se sacrifica
quien tiene tantos blasones!

MARQ. Son doce millones, chica!

MAN. Vergüenza!...

MARQ. Doce millones!—
Ni sólo el ciego interés
me guia: áun está lozana.

MAN. Ba! Pero usted es marqués
y ella una... doña Fulana.

MARQ. Mi título satisface
á la novia; su opulencia
á mí; luego nuestro enlace
es de mutua conveniencia.

MAN. Para ella no ofrece duda;
para usted sí.

MARQ. Cómo pues?

MAN. No diria amén la viuda
si usted no fuese Marqués.

MARQ. Si; que si bien se examina,
aunque el título le agrada,
entre los dos es Crispina
la mas desinteresada.

MAN. Sí?

MARQ. Es rica, y á mi pesar
dando mi nombre al olvido,
puede el título comprar
sin el censo de un marido.

MAN. ¿Y por qué, á decir me atrevo,
con las Indias en la mano,
no darla á un gentil mancebo
y otorgarla á un veterano?

MARQ. Porque tambien con novicios
casquivanos, petulantes,
temerá... aquellos perjuicios
de que tú me hablabas ántes.

MAN. Mas siendo asunto tan sério,
¡casarse de sopeton...
Ay, señor! aquí hay misterio:
me lo dice el corazon.

MARQ. Qué misterio puede haber?
MAN. Su empaque...
MARQ. No la motejes.
MAN. ¿Quién sabe... Y si esa mujer
viene de casta de herejes?
MARQ. No; me consta que no.
MAN. Pero...
MARQ. Y te pondrá una querella
si sabe...
MAN. En fin, yo no quiero
que se case usted con ella.
MARQ. No quiero! ¿Á tal desvarío
tu insolencia se propasa?
Qué! no es libre mi albedrío?
No soy dueño de mi casa?
MAN. Sí, señor.
MARQ. Oiga! esto es grave.
MAN. Pero manda Dios...
MARQ. Eh? qué?
MAN. Enseñar al que no sabe
y alumbrar al que no ve.
MARQ. Tú enseñarme á mí! Voto á...
MAN. Señor!
MARQ. Soy yo acaso un niño?
¿Quién esas alas te da,
arrapiezo?
MAN. Mi cariño.
MARQ. (Con halago.)
Sí?
MAN. Y aunque usted lo desprecie...
MARQ. No tal. Bien pueden los amos
inspirar...
(Con malicia.)
¿Y de qué especie
es tu cariño? Sepamos.
MAN. (Con dignidad y saltándosele las lágrimas.)
Como le puede tener,
sin que nadie á mal lo tome,
pobre y humilde mujer
que agradece el pan que come;
cariño que sin rubor
puede confesar mi lengua,

y mi noble amo y señor
oir sin mofa y sin mengua.

MARQ. Bien, hija; no soy tan loco,
que...

MAN. Sin que usted...

MARQ. Bien; no llores.

MAN. Sin que usted me tenga en poco
ni yo me suba á mayores.—
Mas Doña Crispina...

MARQ. Dale!

MAN. Con sus arranques soberbios...

MARQ. Dale!

MAN. Me crispa...

MARQ. Oh! ya sale...
Vete!

MAN. Ne crispa los nervios.

(El Marqués sale al encuentro de Doña Crispina, que llega por la puerta segunda de la derecha, y Manuela se retira por la primera.)

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA.

D.ª CRIS. Juan!

MARQ. Prenda!

D.ª CRIS. Aunque á la ligera,
ya he reparado el ultraje
de mi negra cabellera
y mi *tualeta* de viaje.

MARQ. (Negra es...) Crispina! (Pero
teñida quizá...)

D.ª CRIS. Marqués!...

MARQ. (Si le ha costado el dinero,
claro está que suya es.)

D.ª CRIS. En tí premiaré un prodigio
de constancia sin igual,
si áun conservo aquel prestigio
que cuando niña...

MARQ. Sí tal.

D.ª CRIS. ¿Recuerdas cuando de hinojos
caer á mis piés te vi?

¿Me ves con los mismos ojos
que ántes?

MARQ. (No tengo otros.) Sí.

D.ª CRIS. (Qué viejo está!) Pues me pruebas
que áun adoras mis encantos,
yo tambien, aunque me llevas
quince años...

MARQ. (Miente!) No tantos.

D.ª CRIS. Bien; más ó ménos adulto,
para mí eres siempre el mismo.
Tus altas prendas consulto
y no tu fe de bautismo.

MARQ. El tiempo ¿en quién no hace mella?
Pero el alma no se muda.
Con el brio de doncella
y con la sazon de viuda,
ahora como ántes agradas,
Crispina, á tu fiel vasallo.

D.ª CRIS. Juan mio!

MARQ. (Muy pronunciadas
tiene las patas de gallo.)

D.ª CRIS. (Cáseme yo, y poco importa...)

MARQ. (Pero aunque pese á Manuela...)

D.ª CRIS. (El título me conforta.)

MARQ. (Millonario! Esto consuela.)

D.ª CRIS. (Si le dejo tomar pipa,
con quien vuelvo al santo yugo?)

MARQ. (No es de perder la chiripa.)

D.ª CRIS. (Ánimo pues!)

MARQ. (Apechugo.)

D.ª CRIS. (El Marqués hace un monólogo.)

MARQ. (Mi futura soliloquia.)

D.ª CRIS. En qué piensas?

MARQ. Yo?... En el prólogo
de la... Y tú?

D.ª CRIS. Yo, en la parroquia.

MARQ. Un porvenir tan risueño
me arroba.

D.ª CRIS. Tambien á mí.

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. GAUDENCIO.

D. GAUD. Ya he descabezado el sueño...
MARQ. Oh Gaudencio! Ven aquí.
Te presento...
D.ª CRIS. (Ay Dios!)
MARQ. Á Doña...
D. GAUD. Calle! ¡Usted...
MARQ. Crispina Ruiz,
que ha venido de Santoña...
D. GAUD. Saludo...
MARQ. Á hacerme feliz.
D. GAUD. Qué oigo!
D.ª CRIS. Beso á usted la mano.
D. GAUD. Cómo va?
MARQ. La conocias?
D. GAUD. He sido su tertuliano.
D.ª CRIS. Sí, Don Gaudencio...
D. GAUD. Decías...
D.ª CRIS. (¡Mal haya...)
MARQ. Que un accidente
del ferro-carril del Norte
me la envía expresamente
para ser...
D. GAUD. Qué?
MARQ. Mi consorte.
D. GAUD. De véras? ¡Tú...
D.ª CRIS. (Soy perdida
si descubre mi secreto.)
MARQ. No le das la bienvenida?
D. GAUD. Sí; aplaudo... (Horror!) Me someto...
MARQ. Es ya antiguo nuestro trato.
D. GAUD. Sí será.
MARQ. Este amigo mio
está por el celibato.
No extrañes verle tan frio.
D. GAUD. (Mirando al Marqués.)
(Malograda senectud!)
D.ª CRIS. (Aparte al Marqués.)

Amigo tuyo ese mueble?

D. GAUD. Recobró usted la salud?

D.ª CRIS. Nunca la he tenido endeble.

D. GAUD. (En voz baja.)
Juan, Juan! ¿Qué haces!

MARQ. Eh?

D.ª CRIS. No obstante,
tuve... (Ay Dios! Si ahora me da...)
un reuma insignificante;
pero se ha curado ya.

D. GAUD. Reuma!...

D.ª CRIS. (Poniendo un dedo en el antebrazo derecho.)
Sí, aquí, junto al codo;
mas con los baños de mar
desapareció del todo.
(En voz baja á D. Gaudencio)
Por la Vírgen del Pilar!...
(Moviendo el brazo en todas direcciones.)
Sin dolor, ya ves...

MARQ. Ya veo...

D.ª CRIS. Muevo el brazo á mi albedrío.
(Gran Dios! Ya empieza el jaleo!)
(Sigue agitándose convulsivamente el brazo; la convulsion se comunica en seguida al otro, y luego á todos los miembros de la paciente, acompañada de gestos, contorsiones, suspiros y sollozos.)

MARQ. Basta! Ah! qué es esto?

D.ª CRIS. (Dios mio!
Ahora el otro... Maldicion!...)

MARQ. ¿Qué especie de tarantela
es esa...

D. GAUD. Una convulsion...

D.ª CRIS. Nada; un...

MARQ. Socorro! Manuela!

D.ª CRIS. No. Llevo éter en un frasco,
y aplicado á la nariz...
(Quiere sacarlo de la faltriquera, y no puede: lo hace D. Gaudencio y se lo aplica á la nariz.)
Ay San Pascual!

MARQ. (Vaya un chasco!)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. GAUDENCIO. MANUELA.

MAN. Señor!... Qué miro!
D. GAUD. (Infeliz!)
D.ª CRIS. No mas.—Esto es transitorio...
MARQ. (Á Manuela.)
Ay! no ha mentido tu oráculo.
D. GAUD. El baile ántes del casorio!
MAN. Pero de grande espectáculo!
MARQ. Baile atroz!
D. GAUD. Es lo que el vulgo
llama...
D.ª CRIS. Calle usted, maldito!
Calle usted, ó le excomulgo!
(La convulsion se disminuye gradualmente.)
MARQ. Cómo?
D. GAUD. El baile de San Vito!
D.ª CRIS. Miente! El influjo atmosférico...
MAN. (Ap. al Marqués.)
No es mál propio de su edad.
Lo que tiene es un histérico
de á folio.
D.ª CRIS. Casualidad...
MARQ. Señora...
D.ª CRIS. Esto es... robustez;
(Mirando á D. Gaudencio.)
(Si te llevara el demonio!...)
achaques de la viudez,
que curará el matrimonio.
(Ya en su estado normal.)
Ya se me ha pasado.
MARQ. Sí?
Yo celebro... (Horrible mal!)
Pues, hija, tambien á mí...
D.ª CRIS. Qué?
MARQ. El conato conyugal.
MAN. Bien! ¡Vitor...
D.ª CRIS. Hombre sin fe!
MARQ. (¡Pegarme á mí una tostada

tan...) La compadezco á usté;
mas de lo dicho no hay nada.

D.ª CRIS. Traidor! Palabra formal
diste...

MARQ. Ignoraba un artículo
tan esencial como...

D.ª CRIS. Cuál?

MARQ. El de ese achaque ridículo.
¿Dónde me iba yo á meter!

D.ª CRIS. Perjuro!

D. GAUD. (Se aguó la boda.)

MARQ. ¿Yo esposo de una mujer
que se descuaderna toda?

D.ª CRIS. (Furiosa.)
Y tú? y tú? ¿Quién de los dos
va á perder más, estantigua?

MARQ. (Á D. Gaudencio.)
Apacíguala, por Dios!

D.ª CRIS. Á mí nadie me apacigua.

D. GAUD. ¡Señora...

D.ª CRIS. Aparte el soplon!
Insultos á mí! ¡sonrojos
á mí!

MAN. (Conteniéndola.)
Señora!...

D.ª CRIS. (Al Marqués.) Bribon!...
Te voy á sacar los ojos.
(Va á abalanzarse al Marqués, y la contienen Don Gaudencio y Manuela.)

MARQ. (Tomando el sombrero.)
Me voy. Echadla de aquí!
Me voy; que me comprometo
si...

D.ª CRIS. Infame!

MAN. (Es un jabalí!)

D. GAUD. Pero ¿adónde...

MARQ. Á un lazareto.
(Váse corriendo por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XVII.

D. GAUDENCIO. MANUELA. DOÑA CRISPINA.

D.ª CRIS. Huyes de mí, hombre soez!
Yo te seguiré... Ay Jesus!
Yo muero...
MAN. El baile otra vez?
D. GAUD. No. Amagos de un patatus.
D.ª CRIS. Ay! Toda me tambaleo...
D. GAUD. Trae agua: corre!
MAN. (Maldita!...)

(Se dirige á la puerta segunda de la derecha, y al mismo tiempo aparece por la primera D. Eduardo.)

ESCENA XVIII.

MANUELA. D. GAUDENCIO. DOÑA CRISPINA, y en seguida LUISA.

D. ED. Ya el ferro-carril... Qué veo!
D.ª CRIS. Ay!

(Cae desmayada en brazos de D. Eduardo: al mismo tiempo aparece por la puerta del foro Luisa, con direccion á la segunda de la derecha)

LUISA. (Eduardo!) ¡Ay...
MAN. Señorita!

(Casi sin sentido, huye Luisa por dicha segunda puerta ayudándola Manuela. Ocupados con Doña Crispina, no echan de ver este incidente D. Gaudencio y D. Eduardo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

MARQ. Sí; no paré hasta el molino
huyendo de aquella furia.
D. GAUD. Ya estás libre de ella.
MARQ. El mozo
que has enviado en mi busca
me lo ha dicho. Ahora me falta
saber qué hizo la energúmena
despues que, por no ser presa
de sus dientes y sus uñas,
corrí como un foragido
en precipitada fuga.
D. GAUD. Siguió al atroz frenesí
tal postracion, tal angustia,
que perdió el sentido. Llega
en tan árdua coyuntura
el ingeniero diciendo:
«ya se habilitó la ruta,»
y ve caer en sus brazos
aquella inerte balumba.
Al cabo de ocho minutos
conseguimos, con la ayuda
del éter, que abra los ojos;

solloza, en llanto se inunda,
y su ira otra vez desfoga
con un diluvio de injurias.
El ingeniero, que es mozo
de chispa, y bella figura,
emplea para calmarla
razones tan oportunas
como galantes. Con tal
apoyo, se engríe y triunfa
Crispina; su ciego enojo
convierte en sangrienta burla
con que á tí y á mí nos pone,
querido Juan, como chupa
de dómine; se apodera
del galan, que por fortuna
habia vuelto á buscarla
caballero en una mula,
y al tren los lleva el cuadrúpedo,
él delante, ella á la grupa.

MARQ. Yo la amé un dia, y objeto
de compasion, no de culpa,
es para mí su dolencia;
y aunque ocultándola astuta
me expuso á ser desgraciado,
áun su desleal conducta
perdono. Vaya con Dios,
y si su mal tiene cura,
me holgaré de que sus dias
prolongue sana y robusta
y con mas digno consorte
vuelva á la nupcial coyunda.

D. GAUD. De buena te has escapado!
Supongo que ya renuncias
á casarte.

MARQ. Nada de eso.
La cosa en sí es buena, justa,
moral, higiénica. Si hoy
una boda se me frustra,
otra cuajará mañana:
deseando están los curas
que les den ocupacion,
y por falta de reclutas

no se ha de extinguir el gremio
que es objeto de tus pullas.
En la eleccion está el *quid.*

D. Gaud. Ya!

Marq. Y la trágica aventura
de doña Crispina prueba
que fué necedad mayúscula
la mia...

D. Gaud. Seguramente.

Marq. Y codicia sin disculpa,
cuando niñas casaderas
en todas partes abundan,
dar la mano á una mujer
necia, irascible y vetusta.

D. Gaud. Juanito!, quieres creerme?
No se la des á ninguna.

Marq. Y cerrando los oidos
á la razon que me alumbra
y á la voz de mi conciencia
que condena tus argucias,
planta dañina y estéril
para Dios y la república,
pretendes que de mis dias
la triste carrera cumpla
en torpe libertinaje,
sin que humana criatura
cierre con dolor mis ojos
y rece sobre mi tumba?

D. Gaud. Entusiasta misionero,
¿te mando yo por ventura
que peques? En hora buena,
si contra tí se conjuran
los enemigos del alma,
disciplínate y ayuna;
pero, infeliz!, ¿qué precepto
del Decálogo ó qué bula
te obliga á casarte? Ay! ¿cómo,
ya casco viejo, y sin brújula,
surcar un golfo no temes
que al mejor piloto asusta?

Marq. Decidido estoy, Gaudencio.
No te canses; no me pudras.—

Ni sólo en razones místicas
mi resolucion se funda.
El Gobierno menosprecia
los servicios que me ilustran.

D. GAUD. ¿Y qué relacion tiene eso
con el matrimonio?

MARQ. Mucha.
Ofendido, postergado
á gente bisoña y nula,
porque ni adulo ni intrigo
ni me he pronunciado nunca,
algo he de hacer por vengarme
de las manos que me zurran.

D. GAUD. Y con casarte te vengas?

MARQ. Me vengo en la hacienda pública,
porque tendrá que pagar
una pension á mi viuda.

D. GAUD. Bien! Tan sólido argumento
no admite réplica alguna.
Cásate, sí, y tiemble el fisco
y el ministerio sucumba.

MARQ. Esto no es decir que á ciegas...

D. GAUD. Sí tal. El que más estudia
sobre eso, más suele errar.
Cuando yo tomo una purga,
cierro los ojos, y adentro!

MARQ. Que siempre has de estar de chunga?

D. GAUD. Adios. Recréate á solas,
libre ya de mi censura,
con el golpe que meditas.
Admirando yo tu industria,
daré entre tanto un paseo
por entre rosas y murtas.
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS.

¡Vaya que es temeraria la manía
con que ese mentecato,
cuando por buena senda Dios me guía,

en encomiar se obstina el celibato
y á vivir solitario como un hongo
me quiere condenar! Si su doctrina,
sólo grata á la tríbu libertina,
todo varon siguiere, en breve plazo
la humana sociedad se disolviera.
Faltando el apacible honesto lazo,
que es su base primera
y que el placer con la virtud concilia;
faltando la familia,
no hay nacionalidad, no hay patria: el mundo
rápido vuelve al primitivo cáos.—
Confieso que, más que otros, es fecundo
en Elenas mi siglo y Meneláos;
pero, aunque yo no deba hacer mi elogio,
cortado no nací como Gaudencio
para el matrimonial martirologio.
Cuando es sagaz y vigilante un hombre
y cursó largos años en la escuela
de ..

ESCENA III.

El MARQUÉS. MANUELA.

MAN. Ah! ya de vuelta? Albricias!
MARQ. Sí, Manuela.
MAN. Al fin nos dejó en paz, Dios la confunda!,
la huéspe la iracunda.
Bien dije yo...
MARQ. Sí, sí. Tu buen instinto..
MAN. La ví, la oí, me pareció una arpía
y en su fisonomía
pronto advertí—para esto yo me pinto
sola—que habia intríngulis sin duda
en la boda. Á pesar de sus millones,
mostrar tal ansia por salir de viuda?,
dije yo para mí. No le ama, nones!
algo oculta; quizá una bancarrota...
Zape! No juega limpio esa marmota.
MARQ. Mucho agradezco tu lealtad sincera,
mucho admiro tu fina perspicacia

y desde hoy tú serás mi consejera.

MAN. (Ay!...) Me sonroja usted con esa gracia.
No merezco...

MARQ. Sí tal. Pero ¿qué ha sido
de mi pupila? ¿Cómo en tal olvido
tiene...

MAN. Mal recobrada todavía...

MARQ. De qué?

MAN. De aquel desmayo...

MARQ. Qué desmayo?

MAN. Cómo! ¿usted no sabía...
Volviendo del jardin vió aquella escena,
y como si la hubiese herido un rayo
pierde el sentido...

MARQ. Oh cielos!

MAN. No sin pena
la llevo aletargada á su aposento
y de la dueña cócora me ausento.

MARQ. Pobre Luisita! Mas Gaudencio ¿cómo
no me ha dicho...

MAN. Áun no sabe,
por lo visto, que aquella historia grave
tuvo segundo tomo,
y toda su atencion llamó el primero.

MARQ. No es mucho que asustada mi sobrina,
como si hubiera visto al Cancervero,
perdiese la razon. Fatal Crispina!
Nunca en mi casa yo la recibiera!
Á ella debo tambien este agasajo.

MAN. No sé... Quizás...

MARQ. El diablo nos la trajo.—
Pero tal vez áun dura la congoja.
(Dirigiéndose á la segunda puerta de la derecha.)
Luisita!

MAN. No, señor: fué pasajera;
y si usted no se enoja,
me atreveré á decir que su pupila...

ESCENA IV.

El MARQUÉS. MANUELA. LUISA.

LUISA. Tio!
MAN. (No me oye.)
MARQ. (Tomando de la mano á Luisa.)
Ven, prenda del alma.
MAN. (Prenda!...)
MARQ. Estás ya mejor?
LUISA. Sí, caro tio.
(Á Manuela.)
Una taza de tila...
MARQ. Prepárasela pronto.
MAN, Voy. (Dios mio!
Si ahora esta polluela
me disputa la palma...)
Voy. (Qué va á ser de tí, pobre Manuela!)
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

El MARQUÉS. LUISA.

MARQ. Serénate, Luisa mia.
Aquella infausta mujer
cuya aparicion siniestra
dió con tu juicio al través...
LUISA. (Ay Dios!) Sí.
MARQ. No volverá
á armar otro somaten
en mi casa.
LUISA. No sabía
quién era... Me acongojé...
MARQ. No lo extraño. De resultas
de descarrilar el tren,
nos la trajo aquí en mal hora
un jóven...
LUISA. (Vino con él!)
MARQ. Que dijo ser ingeniero
de la Empresa, y la hospedé

porque... Pero ya es inútil
hablar de ella.

LUISA. Cierto. (Infiel!)

MARQ. Ya que tu indisposicion
ligero vértigo fué...

LUISA. Sí: ya estoy buena.

MARQ. Y recobran
su color de rosicler
tus mejillas.—Y en verdad...—
Siéntate á mi lado; ven.—
(Se sienta con Luisa en el sofá.)
En verdad que hoy estás, Luisa,
mucho más linda que ayer.

LUISA. Yo, señor, nunca lo he sido.
Bondad de usted...

MARQ. No. Bien sé,
pupila amada, (Es preciosa!)
que en boca de algun doncel
gallardo tal homenaje
oirias con mas placer.

LUISA. Por qué? Á nadie de este mundo
puedo yo dar tanta fe
como á mi tio y tutor.

MARQ. Gracias, Luisita. Ahora bien,
tú, que amas tanto las flores,
¿no has notado alguna vez
que nunca el fragante aroma
de que bañan el vergel
es tanto y de sus colores
el brillo como despues
que, disipando las nubes,
el sol les da nuevo ser?
Así tú...

LUISA. Válgame Dios!
Qué cosas me dice usted!
(Nunca le vi tan jovial.)
Cualquiera diria...

MARQ Qué?

LUISA. Que es usted poeta.

MARQ. Nunca
ciñó mi frente el laurel
de Apolo; mas de poeta

y músico y loco ¿quién
no tiene algo?

LUISA. Si?

MARQ. Hay dos númenes
que harán poeta á cualquier
ciudadano, hambre y amor.

LUISA. ¿Cuándo tuvo hambre ni sed
un título de Castilla?

MARQ. Yo conozco á mas de seis
con ese achaque, y del otro,
desde el pastor hasta el rey,
nadie está exento. (Es divina!)

LUISA. (Si se declara, qué haré?)

MARQ. (Manuela tiene razon:
si nos lleva Lucifer,
que sea en coche.)

LUISA. (Éste al menos
me daria honra, y aquél...)

MARQ. Eh?...

LUISA. Decia usted...

MARQ Decias...

LUISA. Meditaba...

MARQ. Yo tambien.
(¿Quién más digna... ¿Cuál más bella...
Pero ántes la sondearé.)
Querida, tú ya has pasado
de la edad de la niñez,
y desde el dia en que viste
transformado en guardapiés
el infantil tonelete
debo, Luisa, suponer
que de la naturaleza
obedeciendo la ley,
se abrió á nuevas sensaciones
ese corazon. Al ver
de tu busto primoroso
y tu nacarada tez
reflejada en el espejo,
Luisita, la imágen fiel,
¿no has hecho los calendarios
que todas suelen hacer?

LUISA. Jesus, tio! Esa pregunta...

MARQ. No como severo juez
la hago ni como tutor
suspicaz, no, sino á fuer
de tierno amigo que anhela,
aun más que el suyo, tu bien.
LUISA. Ah! mi gratitud sin límites...
(Me ama, sí. Me vengaré.)
MARQ. Para algo, habrás dicho tú,
vine yo á la humana grey.
LUISA. Cierto...
MARQ. Para algo... y para álguien
me crió el Dios de Israel.
LUISA. ¿Qué sé yo... Sí... Pero el sueño
no me quita el ansia de...
MARQ. No te sonrojes. Y ese álguien
ya se ha dado á conocer
sin duda.
LUISA. (Con prontitud.) No, señor, no!
MARQ. ¿Ningun hijo de Noé
te ha requerido de amores?
Di la verdad.
LUISA. No, no!
MARQ. Amén!
LUISA. (Pluguiera á Dios!)
MARQ. Pues, Luisita,
yo te voy á proponer
uno que... (Y si me desahucia?)
si le miras sin desden
se tendrá por muy dichoso.
LUISA. Miéntras no sepa quién es...
MARQ. El que pretende tu mano
caballero es de honra y prez;
mas su mejor adjetivo
ya lleva delante un *ex*.
LUISA. Cuál?
MARQ. El de jóven!
LUISA. Qué importa?
Prefiero la sensatez,
la experiencia á la infatuada
gallardía, al oropel
de exteriores atractivos
con que suelen más de tres

de su corazon viciado
cubrir la negra doblez.

MARQ ¡Bien haya esa boca... Sí;
tertulias, bailes, cafés,
circos, teatros, casinos
han corrompido el plantel
de la juventud lozana;
su Dios es el interes,
su templo la bolsa; todo
es agio y fraude do quier.
¿Qué virtud hay, qué inocencia
libre de su infame red?
(Pobres mozos! Perdonad
si os calumnia mi pincel.)

LUISA. Ni á mí, desvalida huérfana,
me es permitido tener
la ambicion que á otras devora.
Me basta un hombre de bien...

MARQ. Lo creo de tu modestia,
Luisita; mas yo, que sé
lo que vales y quisiera
brindarte con un dosel,
áun creo ofrecerte poco
con ofrecerte... un marqués.

LUISA. Señor!...

MARQ. Y si no has leido
ya en mis ojos el poder
de los tuyos, y no obstante
mi baston de coronel,
es forzoso que te diga
de viva voz «yo pequé!,»
postrado...

LUISA. (Deteniéndole.) Ah! no: yo, que obtengo
tan señalada merced,
soy quien debe agradecida
besar humilde esos piés.

MARQ. Oh gozo! Esto vale mas
que el ascenso á brigadier.
Me otorgas tu blanca mano?

LUISA. (Ay!...) Sí, señor.

MARQ. Ea pues!,
guardemos para el altar

las genuflexiones..., eh?,
y ahora en mutuo abrazo, pre-
démonos el parabien.

LUISA. Con mil amores. (Se abrazan.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. LUISA. MANUELA.

MAN. La tila...
(Jesus, María y Josef!)

LUISA. (Desprendiéndose de los brazos del Marqués.)
Ah!

MARQ. Es Manuela.—Tráela aquí.

LUISA. No. (Qué bochorno!) Yo iré...
(Ya, pese al vil que me ultraja,
laureada veo mi sien.)
(Váse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

MAN. Muy bien! bravo! Vocacion
mas decidida y mas firme
no se ha visto en este siglo.

MARQ. Yo...

MAN. Es usted incorregible.
Apénas hace una hora
que doña Crispina insigne
huyó de aquí convirtiendo
en bufidos los melindres,
¿y ya otro ídolo cautiva
ese corazon sensible,
y otro expediente de boda
tenemos sobre el pupitre?

MARQ. Qué! ¿barruntas...

MAN. Para eso
no es menester ser un lince.
El abrazo que yo he visto
no está dentro de los límites
que á tutores y pupilas

el reglamento prescribe.

MARQ. Bien; y por ser yo tutor,
tio y curador *ad litem*
de esa niña, ¿á sus hechizos
he de ser incombustible?
Si me ha enamorado Luisa,
y ella mi mano recibe,
y obtener para casarnos
la dispensa del Pontífice
es cuestion de dos semanas
y algunos maravedises,
qué tienes tú que objetar
á una boda tan plausible?

MAN. Mucho.

MARQ. Eh? ¿tú...

MAN. La señorita
áun no tiene veinte Abriles,
y usted...

MARQ. Dale con los años!
Bodas más inverosímiles
se han visto. ¿Y olvidas ya
lo que no ha mucho dijiste?
«Mas vale cobrar primicias
que rebuscar»...

MAN. Yo lo dije
en términos generales;
mas, segun como se aplique
mi sentencia, puede ser
admisible ó no admisible,
y un proverbio de Castilla
«ántes que te cases,» dice,
mira lo que haces.»

MARQ. Manuela!

MAN. Y otro proverbio...

MARQ. Me fries!

MAN. Dice tambien: «lo mejor
de los dados...»

MARQ. Oh qué chinche!

MAN. Es no jugarlos.»

MARQ. Espíritu
de contradiccion terrible
es el tuyo. Ántes negaste

con autoridad de príncipe
tu aprobacion á la viuda...

MAN. Sí, señor.

MARQ. Ahora á la vírgen.
¿Qué herencia voy yo á quitarte,
qué dote voy yo á pedirte
si me caso? ¿Qué te importa
que yo en el gremio me afilie
de los casados, ó á eterna
soltería me resigne?
¿Qué te va á tí ni te viene
en que, fluctuando mi esquife,
ora se estrelle en Escila,
ora zozobre en Caríbdis?

MAN. ¿Y qué culpa tengo yo,
Señor, de que, ya en el linde
de la senectud, un hombre
de andadores necesite?
Y aunque es cierto que, nacida
en esfera tan humilde,
contrariar no debo á mi amo
ni en su censora erigirme,
¿cómo, ingrata á sus bondades,
ya que mis ojos no ciñe
la venda que á él le ha cegado,
cómo, señor, no advertirle
que expone á grave peligro
su...

MARQ. Peligro! Cuál? Explícate.

MAN. No todo lo que reluce
es oro. Tal vez al tigre
cubre la piel del cordero,
y la víbora...

MARQ. Oh! prescinde
ya de refranes, y al grano.

MAN. No es tan cándida ó tan simple
como usted se lo imagina
la bella novia que elige.

MARQ. Mira cómo hablas, Manuela!
Luisita es la viva efigie
de la inocencia, y dudarlo
es temeridad, es crímen.

MAN. Señor Marqués!
MARQ. Ella jura
que su corazon es libre.
MAN. Hoy,... tal vez.
MARQ. Y ayer, y siempre.
MAN. Pues ó lo sueña ó lo finge.
MARQ. La prueba.
MAN. No olvide usted,
señor, el siglo en que vive.
¿Qué mujer hoy á veinte años—
he dicho poco—á los quince,
puede decir que su pecho
siempre ha sido inaccesible
al amor, cuando cualquiera,
como no sea una esfinge,
bloqueada está de contínuo
por un enjambre de títeres?
MARQ. La prueba!
MAN. Cayó en mis brazos
acometida de un síncope
cuando vió á aquel forastero...
MARQ. No produjo aquella crísis
un joven inofensivo,
sino la dueña irascible.
MAN. Amén de esa prueba, tengo
otra que duda no admite.
Despues de emplear en vano
los sahumerios y potingues,
aflojo el corsé á la niña
para hacer ménos difícil
la respiracion, y cae
una carta. . (Muestra la carta.)
MARQ. La leiste?
MAN. Qué pregunta! Soy mujer.
MARQ. (Malo!) Y la carta—prosigue—
será de algun... (Se me pega
la saliva á la laringe.)
de algun galan.
MAN. Por supuesto.
MARQ. (Válgame Dios uno y triple!)
Alguna declaracion
llena de dulces perfiles ..,

de sandeces...

NAN. Al contrario:
una despedida triste,
amarga, ruda, insultante,
firmada «Eduardo Ramirez».—
Se llama asi el ingeniero?

MARQ. No sé, ni importa un ardite
el nombre.

(Asoma Luisa, y se detiene á la puerta de su cuarto.)

MAN. En ella la acusa
de mas traidora que Circe...

LUISA. Ah! (Se adelanta de puntillas.)

MAN. Y de infiel y de liviana.—
Lea usted...

(Luisa se abalanza á Manuela, y le quita la carta.)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.

LUISA. Mintió el caribe,
el fementido, el villano...

MARQ. Luisa!

LUISA. Y audacia increible
ha sido en esa mujer
robarme...

MAN. Yo...

MARQ. (Á Luisa.) No te irrites.

LUISA. La carta y ponerme mal
con usted.

MARQ. Ella me sirve
con lealtad, y no es extraño...

LUISA. Nunca fué leal un chisme,
una baja delacion.

MAN. No hay tal bajeza.

MARQ. Retírate,
Manuela.

LUISA. No. Me ha acusado
su lengua procaz, y exige
mi honor que ante ella aparezca,
y ante usted mismo, sin tilde,
sin mancha. Por dicha mia

tengo quien me justifique.
(Asoma por el foro D. Gaudencio.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA. D. GAUDENCIO

MARQ. Quién?
LUISA. Justamente, el señor.
D. GAUD. Ofrezco, si lo permites,
á Luisa este ramillete
de rosas y de jazmines.
LUISA. (Lo toma y lo pone sobre el velador.)
Gracias; pero algo mejor
que con flores y con dijes
puede usted servirme ahora
si declara á quien me aflige,
suponiendo que he podido
infamar mi noble estirpe,
cuanto sepa usted de mí.
D. GAUD. De usted? Virtudes sublimes,
y miente quien ponga en duda...
LUISA. Cuente usted desde su orígen
la desagradable escena...
D. GAUD. ¿Aquella en que yo intervine
por mis pecados... No tengo
motivo para aplaudirme
de ella, ay! no; pero obediente
la contaré *ad pedem litteræ*.
(Al Márqués.)
Aunque de familia ecuestre,
en mis arranques eróticos
siempre he sido yo pedestre;
y no ha mucho en esta sala
debatió larga polémica
si es mi opinion buena ó mala.
MARQ. Abrevia, abrevia. No estoy
para oir necios preámbulos.
Qué fué el lance? Di.
D. GAUD. Allá voy.
Me cautivó el albedrío
una tal Ruperta Gárgoles,

muchacha de rejo y brio.
Por mi negra desventura,
era mi trapillo fámula
de esa linda criatura.

MARQ. Qué oigo!

D. GAUD. Confúndame Dios
si hasta hoy he sabido el vínculo
que os une, Juan, á los dos.—
En vano dias y dias
á piropos y retruécanos
limité mis baterías.
Con mozas tan zahareñas,
dije, no valen retóricas:
dádivas quebrantan peñas.
Y varío el plan de ataque,
y hoy comprando un chal á mi ídolo
y mañana un miriñaque...

MARQ. Acaba.

D. GAUD. Aquel Gibraltar
inexpugnable, por último,
hubo de capitular.
Y de este punible abuso
nació otro mayor... Perdóname!
Huesped clandestino, intruso...

MARQ. Insolente!...

D. GAUD. Oye hasta el fin.
Una y otra noche lóbrega
me abrigó en su camarin.

MARQ. ¡Así una casa de honor
se respeta!

D GAUD. Somos frágiles!...
Oye: áun falta lo peor.
Una noche cierto amigo
me vió salir y á mi víctima
cerrar el falso postigo.
«Hola, segundo Tenorio!
¿Quién es, me dijo, la cómplice
de ese nocturno jolgorio?
La tia será, sin duda.»—
Yo—petulancia sacrílega!—
haciendo ascos á la viuda,
cuando á Luisita nombró

fuí tan menguado, que—mátame!—
no osé decirle que nó.

MARQ. (En actitud de acometer á D. Gaudencio)
Infame! ¡vil...

LUISA. Tio amado,
perdone usted á ese prójimo
como yo le he perdonado.

GAUD. Nombrándola, es cosa cierta
que comprometia el crédito
de mi adorada Ruperta,
y desenlacé mi drama
parodiando aquel tan célebre
de «Ántes que todo es mi dama.»

MARQ ¡Dama una... ¡Voto á...

GAUD. ¿Qué quieres,
Juanito! Segun mi código,
lo son todas las mujeres.—
Tuvo el malhadado lance
consecuencias, ay! gravísimas
que no estaban á mi alcance.
Cuando á ser tan charlatan
me arrastró insensato vértigo
tenía Luisa un galan;
pero aunque el nombre del hombre
supe, es todavía incógnito
para mí el hombre del nombre.
Entónces el pretendiente
á quien propiné tal píldora
de Madrid estaba ausente;
mas mi amigo Don Macario,
suyo tambien, y más crédulo
de lo que era necesario,
dió fin trágico á la fiesta
dando fe á mi inícua fábula
en una carta indigesta;
y aquella carta cruel
ya supondrás que fué un tósigo
para el ausente doncel,
y que en un fatal acceso
condenó á Luisa su cólera
sin mas forma de proceso.
La infeliz, que sin delito

se vió acusada de réproba,
ponia en el cielo el grito.
Cuando su amargo tormento
supe por Ruperta, lágrimas
vertí de arrepentimiento;
y yo con virtud estóica,
y ella, que es de buena índole,
con resolucion heróica,
hicimos sin dilacion
ante la ultrajada huérfana
un acto de contricion,
del cual con su nombre y signo
sacó testimonio auténtico
un notario fidedigno.
Así expïé mi fanfarria;
Ruperta, ay Dios! en un ómnibus
volvió llorando á la Alcarria,
y poco despues Luisita
con su tia benemérita,
dejó la corte maldita.
Tu amigo de todas véras
da fin con esto á la crónica.
Ahora haz de él lo que quieras.

MARQ. ¿Qué he de hacer yo con un loco
de atar, cuando mi gentil
sobrina es tan generosa
que perdona su desliz?
Si de álguien puedo quejarme,
es de ella mas que de tí.

LUISA. Por qué?

MARQ. Porque la verdad
con astucia femenil
me ocultaste cuando iluso
mano y alma te ofrecí.
Cuando, si no enamorada,
que yo no osara pedir
tanto, sumisa y afable
me otorgaste el dulce sí,
¿por qué negaste que á otro hombre,
quizá á algun chisgaravis,
quisiste ántes que á tus gracias
doblase yo mi cerviz?

LUISA. Porque no fué amor el mio,
sino delirio febril,
y confesar no podia
sin cubrirse de carmin
mis mejillas haber sido
tan necia y tan infeliz,
que oí mentidas ternezas
de un hombre indigno de mí.

MARQ. Mas ¿por qué, si le aborreces,
guardar su carta incivil?

LUISA. Por tener siempre á mi vista
su conducta infame y ruin,
y armada con este escudo
sacar trinfante en la lid
mi orgullo si, recayendo
en su ciego frenesí,
el corazon abogaba
en favor de hombre tan vil.

MARQ. ¿No hubiera sido mas cuerdo
olvidar al malandrin
y su epístola injuriosa
romper en pedazos mil?

LUISA. Dice usted el Evangelio,
y yo le respondo así.
(Rompe la carta y arroja los pedazos.)

MARQ. Bravo! Pero sentiria
que por despecho pueril,
y no por convencimiento...

LUISA. Tio, yo no sé mentir.

MAN. (Que no?)

LUISA. Ni puedo acusarme
de ningun villano ardid;
pero si el triste suceso
que ha oido usted referir
y en el cual, sin culpa mia,
yo sola víctima fuí,
me roba la confianza
de usted, pongamos ya fin
á esta contienda. Retiro
la palabra que le dí.
(Se retira á su cuarto.)

MARQ. (Siguiéndola.)

No, Luisa! Luisa adorada!
Óyeme!
(Á D. Gaudencio y Manuela.)
Es un serafin.

ESCENA X.

D. GAUDENCIO. MANUELA.

D. GAUD. Qué opinas de esto, Manuela?
MAN. Que no debe estar aquí
mi amo, sino en Leganés.
D. GAUD. ¡Casarse en edad senil
con ese tierno retoño!
MAN. Ahí es un grano de anís!
D. GAUD. Temo que áun no haya olvidado
la niña á aquel paladin,
por mas que altiva y severa
nos quiera dar un mentís;
y si ahora se apareciese
vestido por figurin,
adios boda!, ó con la boda
su honra pondria en un tris.
MAN. Bien le he predicado yo,
mas no me ha querido oir.
D. GAUD. Pobre Juan! ¿Por qué no adopta
mi doctrina, y mas feliz
viviria? Yo casarme?
Arre allá!—Esto no es decir
que mi alma sea insensible
al dardo de amor sutil,
y al ver dos ojos... como esos
no sienta mi sangre hervir.
MAN. Oiga!...
D. GAUD. Te lo juro, á fe
de Gaudencio Almonacid,
y con cuanto tengo y valgo
sabria retribuir
el menor de tus favores,
prenda del alma.
(Intenta abrazarla.)
MAN. Alto ahí.

D. GAUD. Deja que...
MAN. (Esto me faltaba!)
(Dándole un bofeton.)
Apártese el zarramplin.
(Váse por la primera puerta de la derecha, y cae D. Gaudencio como atortolado sobre un asiento.)
D. GAUD. Zape! Ay Ruperta, Ruperta!
No me tratabas tú así.

ESCENA XI.

D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

D. ED. (Entrando.)
Deogracias!
D. GAUD. (Levantándose.) Eh? (¿Quién se goza
en mi afrenta... Ah! el Ingeniero...)
Saludo á usted, caballero.
D. ED. ¿El Marqués...
D. GAUD. (Aleve moza!)
D. ED. De nuevo vengo á ofrecer
mis respetos, como es justo...
D. GAUD. Él y yo con mucho gusto...
Se largó aquella mujer?
D. ED. Sí.
D. GAUD. El Marqués está ocupado
en cierto asunto... casero.
D. ED Bien; no hay prisa. Aquí le espero.
D. GAUD. Iré á pasarle recado...
D. ED Quédese usted: no es urgente...
D. GAUD. Bien. (Parece hombre de pro.)
D. ED. Tambien entre usted y yo
hay cierto asunto pendiente.
D. GAUD. Eh? Ninguno que yo sepa...
D. ED. Doña Crispina...
D. GAUD. ¿Otro acceso
como aquel...
D. ED. Eh! nada de eso.
D. GAUD. Otro soponcio? Qué plepa!
D. ED. No. Aquella buena señora
me ha aclarado cierto punto
esencial para el asunto

de que hablarémos ahora.
Por ella tengo el honor
de saber que usted se llama
Gaudencio...

D. GAUD. ¡Y bien ..

D. ED. (Ya se escama.)
Almonacid.

D. GAUD. Servidor.

D. ED. Ahora bien, un aguinaldo
le traigo á usted, camarada...

D. GAUD. Cómo!...

D. ED. Una cuenta atrasada
de que ha de abonarme el saldo.

D. GAUD. Saldos yo!... ¡Cuentas añejas...

D. ED. No se trata de dinero.

D. GAUD. Pues... qué quiere usted?

D. ED. Yo? Quiero
cortarle á usted las orejas.

D. GAUD. ¡Hombre, qué está usted diciendo?
Vaya, usted me habla de chunga,
y aunque alabo su sandunga,
no alcanzo yo..., no comprendo...

D. ED. No hay tal chunga. Muy formal
le reto á usted...

D. GAUD. (Santo fuerte!...)

D. ED. Y el duelo ha de ser á muerte.

D. GAUD. Mas por qué el duelo mortal?
De qué nace esta discordia?
Áun no sé, jóven gallardo,
quién es usted.

D. ED. (Con voz de trueno.) Soy Eduardo
Ramirez.

D. GAUD. (Cayendo de rodillas.)
Misericordia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

D. Ed. Sí, sí; ántes de hacerme usted
declaracion tan explícita
ya estaba yo convencido
de la inocencia de Luisa.
D. Gaud. Por don Macario, sin duda.
D. Ed. Cierto.
D. Gaud. Mi torpe mentira
le confesé y de qué modo
la reparó mi hidalguía;
pero él tambien procedió
con ligereza inaudita...
D. Ed. No se hable más del asunto;
mas de aquella accion indigna
sangrienta reparacion
mi justa saña obtendria,
á no haberme dado usted
la inesperada noticia
que es íris de mi tormenta
y bálsamo de mi herida.
¡Oh providencia inefable
de Dios! ¡Aquí, en esta quinta
está la prenda adorada
que mi alma creyó perdida

para siempre!

D. GAUD. Sí, señor.

D. ED. Oh dicha! oh gozo!

D. GAUD. Es sobrina
del Marqués.

D. ED. ¿Cómo pudiera
negar á usted mi amnistía,
cuando me da tal consuelo
tras de tan amargos dias?—
Venga esa mano. (La toma.) Áun es poco.
Los brazos! (Le abraza.)

D. GAUD. Alma benigna!
Pero... (Cómo se lo digo?)
No me atrevo todavía
á felicitar á usted
y recibir sus albricias...

D. ED. Cómo!

D. GAUD. Luisa está agraviada.

D. ED. Ah! sí; pero de rodillas
imploraré su perdon,
y espero...

D. GAUD. Es jóven, es linda...

D. ED. Qué? Qué quiere decir eso?

D. GAUD. Que si otro la solicita,
no debe usted admirarse
de que ella le oiga propicia.

D. ED. Un rival!

D. GAUD. Sí.

D. ED. Yo sabré
disputarle mi conquista.
Quién?

D. GAUD. En otras circunstancias
fácil el triunfo sería;
pero la venganza es dulce,
tentadora la codicia...

D. ED. Oh! quién es?

D. GAUD. Silencio!

D. ED. Basta
de misterios y de enigmas.

D. GAUD. Por Dios, no hable usted tan alto!
La boda...

D. ED. Boda!

D. Gaud. Es inícua,
absurda. Yo la repruebo
porque tengo antipatía
al yugo del matrimonio,
y como pueda impedirla,
no dude usted que lo haré;
pero, si usted no apacigua
el ímpetu de los celos
y arma aquí una sarracina,
todo se pierde. Yo haré
que obtenga usted de la niña
una audiencia reservada...

D. Ed. Bien; sí.

D. Gaud. Algo hay de bastardía,
por no decir otra cosa,
en prestarme á tal intriga;
pero creo que mi buena
intencion lo justifica,
y debo este desagravio
á quien, despues que su dicha
por mí ha perdido, es tan noble,
que me perdona la vida.

D. Ed. Me conformo...

D. Gaud. (Observando desde cerca de la puerta segunda de la derecha.)
Va á venir,
mas no sola.

D. Ed. Con el *quídam*
quizá...

D. Gaud. Retírese usted
al jardin, (Le indica la puerta.)
y esté á la vista.
Yo avisaré...

D. Ed. Pero...

D. Gaud. Pronto!
(Váse D. Eduardo.)
No me llega la camisa
al cuerpo.

ESCENA II.

D. GAUDENCIO. LUISA. EL MARQUÉS.

MARQ. Oh Gaudencio! Abrázame.
(Se abrazan.)
D. GAUD. (Malo!)
MARQ. Mi bella pupila
ya el grato sí ha confirmado
que anega mi alma en delicias.
D. GAUD. Mi enhorabuena te doy,
y á usted tambien, señorita.
LUISA. Gracias.
D. GAUD. (Perdió la chabeta!)
MARQ. Voy á escribir cuatro líneas
á mi antiguo compañero
don Juan Crisóstomo Díaz,
para que nos busque casa
en la coronada villa.
Allí hemos de celebrar
la boda. Oh! y será magnífica.
Tambien de mi fausto enlace
daré parte á la familia.
Tú entre tanto, Luisa amada,
ve poniendo en una lista
cuantas galas, cuantas joyas
te dicte la fantasía.
LUISA. Yo, señor, no he menester...
MARQ. Ya sé que no necesitas
para enamorarme á mí
mas que esa cara divina;
pero no estaré contento
si con tu lujo no eclipsas
á toda la aristocracia
femenil.
LUISA. Mal pagaría
la honra que me hace usted
si labrase yo su ruina.
MARQ. (Á D. Gaudencio.)
Es un ángel.—Sin embargo...
Ah! en pena de tu ridícula

aversion al matrimonio,
te condeno á que me sirvas
de padrino.

D. GAUD. (Santo cielo!)
Yo... (Mis orejas peligran
otra vez.) No tengo yo
suficientes capanillas
para...

MARQ. Chit! No admito réplica.
Quédate aquí con Luisita
miéntras despacho el correo.
(Qué hermosa! Dios la bendiga.)
(Váse por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA III.

LUISA. D. GAUDENCIO.

D. GAUD. Ay Luisa!
LUISA. ¿Qué...
D. GAUD. Boda aciaga!
(Llevándola hácia el foro.)
Apartémonos un poco.
LUISA. ¡Cómo...
D. GAUD. El Marqués está loco.
LUISA. ¿Pues...
D. GAUD. Y usted no le va en zaga.
LUISA. Qué oigo!
D. GAUD. El sí que la sandez
halaga de un viejo niño
no le ha dictado el cariño.
LUISA. Pues qué?
D. GAUD. El despecho tal vez.
LUISA. No, señor; por gratitud...
D. GAUD. Bien, sí, y será usted mujer
honrada; oh! sí; pero hacer
de necesidad virtud...
¿No merecia en conciencia
quien entrega el corazon
entero otro galardon
que el de una fria obediencia?
(D. Eduardo se deja ver en el jardin, junto á la

puerta del foro, y observa.)

LUISA. No; él será dueño del mio.

D. GAUD. Nunca! Las damas de prez,
Luisita, sólo una vez
enajenan su albedrío.—
Soy acaso impertinente,
pero á los impulsos cedo
de la razon... (No; del miedo,
que al mas rudo hace elocuente.)

LUISA. Cómo! ¿al perjuro que fué
indigno de mi ternura
pretende usted por ventura
que guarde yo eterna fe?

D. GAUD. Yo sé que está arrepentido
de su ligereza.

LUISA. Ah! no.

D. GAUD. El mas culpado fuí yo,
y lo da usted al olvido.

LUISA. Fingiéndose amante ciego,
no hizo usted la felonía
de rendir el alma mia
para desgarrarla luego!

D. GAUD. (No perdamos la ocasion.)
(Hace señas á D. Eduardo, y éste se adelanta cubriéndole con su cuerpo D. Gaudencio.)
Amor hace maravillas,
y si ahora de rodillas
clamara...

D. ED. (Á los piés de Luisa.) Luisa, perdon!

ESCENA IV.

LUISA. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

LUISA. Eduardo!—Qué trama es esta?—
Alce usted.

D. ED. (Levantándose.) Amada Luisa!

D. GAUD. Trama inocente y precisa
contra una boda funesta.

LUISA. No. En ella cifro mi orgullo.

D. GAUD. Bajo! Él dará sus descargos
miéntras yo aquí soy el árgos

que...
(Se acerca á la puerta del cuarto del Marqués.)
(¡Se va á armar un barullo...)

D. Ed. Oye á un desdichado amante
que implora, Luisa, tu gracia.

Luisa. ¿Cómo tiene usted la audacia
de ponérseme delante?

D. Ed. No niego mi iniquidad,
mas cuando la cometí
yo estaba fuera de mí.
Maldigo mi ceguedad.

D. Gaud. Víctimas hizo á los dos
mi lengua embustera y záfia,
que pidió despues aláfia
á ella, á usted, al mundo, á Dios.

Luisa. Pero ¿qué mujer decente
pudo, áun no habiendo mentira,
leer sin odio y sin ira
aquella carta insolente?

D. Ed. Al diablo dictarla plugo,
y confieso, prenda amada,
que debiera estar quemada
por la mano del verdugo.

Luisa. Mas cesó el vil entremes,
la verdad se supo en breve;
¿y cómo esa mano aleve
no se retractó despues?

D. Ed. Á eso mi humildad responde
que de la corte saliste
sin decir á nadie, ay triste!
por qué motivo, ni adónde.

Luisa. Al enfadoso embarazo
de indagar mi paradero
prefirió usted, caballero...

D. Ed. Qué?

Luisa. Claro está: mi reemplazo.

D. Ed. Reemplazo! Qué estás diciendo?

Luisa. Áun lo negará el traidor!

D. Gaud. Bajo, no lo oiga el tutor!
(Temblando estoy.)

D. Ed. No te entiendo.

Luisa. Saldada está ya la cuenta.

Si con otro voy al templo,
usted me ha dado el ejemplo,...
y le sigo muy contenta.

D. Ed. Yo me doy á Satanás!
(Á D. Gaudeńcio.)
Explíque usted este lío.

D. Gaud. Lío? Cuál? Si le hay, no es mio,
no, señor. Una y no mas!

D. Ed. La verdad se ha de saber.
(Á Luisa.)
Yo he dado el ejemplo?

Luisa. Sí.
No le he visto á usted yo, aquí,
en brazos de otra mujer?

D. Ed. ¿Cuándo... Es falso testimonio...

D. Gaud. Ah! ya caigo; la fatal
Doña Crispina...

D. Ed. Ah! sí tal.

D. Gaud. ¡Miren por dónde el demonio...

D. Ed. Ja, ja... Risa me da y grima.
¿Tuve yo culpa ni gusto
en que aquel tronco vetusto
se me desmayase encima?

Luisa. Usted la trajo...

D. Ed. Sí, yo,
sin saber á quién traia,
la traje desde la via
cuando el tren descarriló.

Luisa. Yo ignoraba... (Error amargo!)

D. Ed. No viste su catadura?

Luisa. Ah! no. Un rapto de ternura
creí ver..., y era un letargo!

D. Ed. Ahora que con tal afrenta
calumnias amor tan firme,
ahora sí puedes decirme
que está saldada la cuenta.

Luisa. No; tu culpa fué mayor;
que si yo, mal de mi grado,
tu amor propio he lastimado,
tú vulneraste mi honor.

D. Gaud. (Ya le tutea: bien va.)
Pronuncio yo el veredicto?

Luisa, confeso y convicto
de su delito está ya;
mas si á ningun penitente
rehusa Cristo su gracia,
¿por qué es usted tan rehacia
que la niega á mi cliente?

LUISA. Porque ya con fe sincera
mi palabra está empeñada
con otro, (Ay desventurada!)
y la cumpliré... (aunque muera.)

D. ED. ¿Y tu corazon ingrato
me verá morir de afan
por un necio qué dirán,
por un despique insensato?
No, Luisa, no será sordo
á los clamores del mio.
(De rodillas.)
Luisa!

D. GAUD. ¡Chis...

LUISA. No mas!
(Aparecen el Marqués por la izquierda y Manuela por la derecha.)

D. GAUD. El tio!

MAN. Ah!...

MARQ. Qué es esto?

D. GAUD. (El trueno gordo.)

ESCENA V.

LUISA. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO. MANUELA. El MARQUÉS.

LUISA. Señor!...

MARQ. Qué hace este hombre aquí?

D. GAUD. Alce usted. (Se levanta D. Eduardo.)

LUISA. (Perdida soy!)

D. GAUD. Es don Eduardo Ramirez.

MAN. Bien lo maliciaba yo.

MARQ. Sí, el que mancilló su nombre
con el mas torpe borron
atreviéndose á injuriar
otro mas limpio que el sol.

Sin duda, reconociendo,
aunque algo tarde, su error,
á tus piés le confesaba
y te pedia perdon.
Bien pudiera yo, no obstante,
juzgarle con mas rigor;
mas si tú no se la niegas,
le otorgo mi absolucion.

D. Ed. Yo debo implorarla, sí;
mas sólo de ella y de Dios.

Marq. Ignora usted con quién habla?
Soy su tio y su tutor.

Luisa. (Ay Dios!)

D. Ed. Títulos son esos
muy respetables los dos;
pero no son mas sagrados
que mi conciencia y mi honor
para dar yo al de Luisita
la justa reparacion.

Marq. Oro es que no ha menester
probarse en ese crisol.

D. Ed. Á mí ternura amorosa
un dia correspondió...

Marq. Y galardon de la suya
fué el ultraje mas atroz.

D Gaud. Del cuál sólo es responsable
esta lengua de escorpion.

Marq. Calla!

D. Ed. Mediaron promesas...

Marq. Promesas que usted rompió.
Yo las he oido tambien
de sus puros labios hoy.
Se atreverá á desmentirlas?

Man. (Ap. con D. Gaudencio.)
Crítica es la situacion.

D. Gaud. Qué partido tomará?

Man. Probablemente el peor.

Marq. Ella es el juez de este pleito,
y juez sin apelacion.
Yo me someto á su fallo.

D. Ed. Yo tambien.

Marq. (Temblando estoy.)

Y annque de mi parte están
los fueros de la razon...

D. Ed. Yo la he perdido por ella,
y este título es mejor.
Nunca un corazon ardiente
tal código consultó.
De fe, no de raciocinio
y cálculo, es la cuestion.

Marq. Así habla el ciego instinto
que Grecia divinizó;
pero si, áun rota la venda,
puede dar un tropezon,
¿cómo con ella en los ojos
no claudicará el amor?

D. Ed. Sólo puedo yo apelar
á la mútua inclinacion
que unió un dia nuestras almas...,
y áun acaso en mi favor
aboga; mas si los bienes
de fortuna, si el blason
de un título nobiliario,
y el orgullo y el rencor
pesan mas en la balanza
que mi entrañable pasion,
no hay defensa para mí:
por condenado me doy.

Marq. No sólo bienes y honores
puedo yo alegar en pro,
ni para que esa hermosura
me declare vencedor
he recurrido á la intriga,
al fraude, á la coaccion.—
Pero callas tú! ¿Qué es esto,
niña? Has perdido la voz?

Luisa. No; hablaré, aunque harto me pesa
de que mi resolucion
á todos no sea grata
como quisiera. (Valor!)
Entre el hombre generoso
que mi orfandad amparó,
y el que, tenga ó no disculpa
su increible aberracion,

me hizo un agravio cruel
que áun me cubre de rubor,
no es dudoso á quién yo debo
dar el sí, y á quién el no.
(Da la mano al Marqués.)

MARQ. (Besando la mano de Luisa.)
Luisa!

D. ED. (Ah!...)

LUISA. Basta!
(Retirándose á su cuarto.)
(En mil pedazos
se me rompe el corazon.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. D. CAUDEDCIO. D. EDUARDO. MANUELA.

MARQ. El tribunal ha fallado
y nuestro pacto...

D. ED. Eh! le rompo.
El fallo es violento, es nulo
y con él no me conformo.

MARQ. ¡Cómo...

D. ED. El miedo le ha dictado
á su labio tembloroso,
pero con muda elocuencia
le desmentian sus ojos.

MARQ. Triste recurso! Ese idioma,
que cada cuál á su antojo
puede interpretar, no tiene
autoridad en el foro.

D. ED. Podrá dar á usted su mano
Luisa, si yo no lo estorbo...

MARQ. Eh?

D. ED. Mas no su corazon,
porque en él reino yo solo.

MARQ. Sí? Ya lo hemos visto. ¡Cuánto
ciega al hombre el amor propio!

D. ED. Bien pudiera ser en mí
mas disculpable que... en otros.

MARQ. Por ejemplo, en mí, que ya
tengo arrugas en el rostro;

mas no siempre la fortuna
sonrie á los buenos mozos.

MAN. (Ap. con D. Gaudencio.)
Tiemblo...

D. GAUD. Triste desenlace
va á tener ese coloquio.

D. ED. Gira sin cesar su rueda
y blasona usted muy pronto
del lauro.

MARQ. ¿Será preciso
para sancionar el voto
de un ángel solicitar
el *exsequátur* de un loco?
No cabe en mí la bajeza
de resignarme á ese oprobio.

D. ED. Y de nadie sufro yo
que me usurpe el bien que adoro.

MARQ. Comprendo...

MAN. (En tono de súplica.) Señor!...

MARQ. Aparta!
No te incumbe este negocio.

MAN. Pero...

MARQ. Vete y no repliques.

MAN. Bien. (Dios sea con nosotros!)
(Entra en el cuarto de Luisa.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

MARQ. Ya que no le basta á usted
el merecido bochorno
que ha sufrido, y con sus fieros
vuelve á provocar mi enojo,
no temblará el veterano
frente á frente del bisoño:
brazo y corazon me sobran
para defender...

D. ED. Ocioso
es ya cuanto hablemos.

MARQ. Sí.

D. ED. Dónde? qué armas? cuándo? cómo?

MARQ. Los padrinos lo dirán.

D. Ed. El de usted?
Marq. (Á D. Gaudencio.) Á tí te nombro.
D. Ed. Yo al jefe de la estacion.
D. Gaud. ¿No habrá un medio decoroso...
D. Ed. Ninguno.
D. Gaud. Es terrible cosa...
Marq. Ninguno.
D. Gaud. Bien; no me opongo;
pero ¿es compatible ser
padrino de un matrimonio
y de un duelo?
Marq. Por qué no?
D. Ed. (En voz baja.)
Si á mis manos muere el novio...
D. Gaud. Ya! (Jesus!) Pche! bien mirado,
duelo y boda son sinónimos.
Marq. Síguele y ponte de acuerdo
con...
D. Gaud. Sí, con el otro prójimo...
(Gran Dios!)
D. Ed. Daremos la vuelta
presto.
Marq. Caballeros somos,
y no quita lo cortés
á lo valiente.
D. Ed. Es notorio.
Marq. Venga esa mano...
D. Ed. En buen hora.
(Se dan las manos.)
Marq. Y demos tregua al encono.
D. Ed. (No tiembla.)
D. Gaud. Adios.
(Yéndose con D. Eduardo por la primera puerta de la derecha.)
(Qué ejemplito!
No le echaré en saco roto.)

ESCENA VIII.

El marqués.

¿Se ha visto una fatuidad

semejante? Yo me asombro.
Si con sobrada razon,
recordando su sonrojo,
en el corazon de Luisa
sucede al amor el odio;
si entre él y yo libremente
pudiendo elegir esposo,
tan solemnes calabazas
le ha dado sin circunloquios;
por qué se empeña ese trasto
en pedir peras al olmo?

ESCENA IX.

El MARQUÉS. MANUELA.

MAN. Señor!
MARQ. Otra vez aquí!
MAN. Sí, señor. Yo no abandono
á mi amo cuando le veo,
por un error lastimoso,
resuelto á precipitarse
en un abismo sin fondo.
MARQ. Qué abismo?
MAN. Usted va á batirse!
MARQ. Sí; mi preciado tesoro
me disputa un mequetrefe,
y escarmentarle es forzoso.
Temes que en la lid sucumba?
MAN. Temo, sí.
MARQ. Y lloras!
MAN. Y lloro!
Es acaso algun delito
el interes que me tomo
por...
MARQ. No; laudable es tu celo
aunque peca de oficioso;
pero la razon me asiste
y de mi valor respondo.
MAN. No dudo yo del valor;
de la razon, sí.
MARQ. Qué oigo!
MAN. Y con razon ó sin ella

puede al valor mas heróico
no favorecer la suerte
de las armas.

MARQ. No lo ignoro;
pero el retador es él,
no yo, y vistiendo el honroso
uniforme militar,
le cubriria de lodo
si rehusara el combate.

MAN. Pues yo, que no me abochorno
temblando por una vida
que de la mia es apoyo,
digo que es un desatino
ese duelo á que me opongo.

MARQ. Oponerte... tú!

MAN. Si tal.

MARQ. Vaya, que el veto es donoso!

MAN. Sí, porque ha de ser funesto,
venza usted, ó venza el otro;
porque está usted ofuscado,
por no decir que está chocho;
porque en vano espera usted
su dicha de ese pimpollo.

MARQ. ¡Vive Dios, que ya estoy harto
de tu dominio despótico!

MAN. ¡Y vive Dios, que sin duda
tiene lisiado el meollo
quien se atreve á acometer
en un dia dos casorios!

MARQ. Tres si es menester; que yo
fácilmente no me doblo,
y en balde me predicais
á porfía tú y el tonto
de Gaudencio. Ya soy grande
para ayas y pedagogos.—
Tú oiste en boca de Luisa
aquel sí dulce y sonoro..

MAN. (Entre dientes.)
El sí de las niñas!

MARQ. Eh?
La puse yo en algun potro
para otorgarme su mano

y negársela á aquel mono?

MARQ. Aquel mono fué el primero
por quien su pecho amoroso
palpitó, y de aquella hoguera
no se ha apagado el rescoldo.

MARQ. Qué dices!

MAN. Yo, que observaba
á la niña y la conozco,
vi que su calma aparente
presagiaba un terremoto.
De aquí se alejó llevando
en el corazon un tósigo,
y ahora en su cuarto la dejo
mustia, llorosa, en el colmo
de la desesperacion.

MARQ. (Llamando.)
Luisa!—Me aterra tu horóscopo
si es verdad...

MAN. Yo nunca miento.

MARQ. Luisa!—Nos oirán los sordos.

MAN. Prudencia!

ESCENA X.

MANUELA. EL MARQUÉS. LUISA.

LUISA. (Abatida y llorosa.)
Señor!...

MARQ. ¿Por qué
con mengua tuya y desdoro
de mis canas, pronunciar
un sí pérfido, irrisorio...

LUISA. (Llorando y sollozando sin cesar.)
Señor!... Señor!...

MARQ. Si en tu pecho
áun reina un rival odioso,
¿por qué á él, y á mí, y á Dios
engañarnos de este modo?

LUISA. Yo...cumpliré... mi palabra...,
yo...

MARQ. ¿Por qué ese amargo lloro
despues que falaz tu lengua

inundó mi alma de gozo?

LUISA. Yo... (Ay triste!) Perdone usted...

MARQ. Serán lindos desposarios
los nuestros por vida mia!
En vez de halagos, sollozos!

LUISA. (Algo menos agitada.)
Yo amo y respeto á mi tio...

MARQ. ¡Oh...

LUISA. Pero...

MARQ. Acaba!

LUISA. (Me ahogo.)
En la angustia que me mata
he pedido á Dios socorro,
y él me inspira...
(Arrodillándose.)
Si el buen tio
á cuyas plantas me postro
lo consiente..., yo prefiero
el estado religioso.

MARQ. (Medrados estamos!) Alza!

LUISA. Señor!

MARQ. (Haciéndola levantarse.)
No está bien de hinojos
ante un triste pecador
una santa.

MAN. (En voz baja.) Es despropósito...

MARQ. Cállate tú!—Sí, hija mia;
mejor te alzarás al trono
de Dios cantando en austero
claustro láudes y responsos
que uniendo tu blanca mano
á la de un viejo achacoso.

LUISA. Perdon, señor!

MARQ. (Sacrilegio!...)
No perdones, sino encomios,
mereces.

LUISA. (Oh pena!)

MARQ. Enciende
las velas del oratorio,
y á tu divino consorte
ruega con fervor devoto
que tu fe no entibien...

LUISA. (Ay!)
MARQ. Tentaciones del demonio.

ESCENA XI.

EL MARQUÉS. MANUELA.

(Breve pausa.)

MARQ. Manuela!...
MAN. Cero, y van dos.
MARQ. ¿Á qué viejo de sainete
se trata así? ¡Yo juguete
de una...
MAN. Señor!
MARQ. Voto á briós!...
Si de esta hecha no enfermo...
MAN. No hay razon.
MARQ. Falaz lisonja!...
Y así quiere ella ser monja
como yo padre del yermo.
Ay! no es ella la pupila,
sino yo, que la creí.
MAN. Por no hacer caso de mí.
MARQ. Cierto. Eres una sibila.
Este segundo episodio
lo prueba áun mas que el primero.
MAN. Soy fiel...
MARQ. Y yo un majadero.
MAN. Soy...
MARQ. Eres mi ángel custodio.
MAN. No tal, yo...
MARQ. La Providencia
á mi lado te coloca.
MAN. Ah, señor!...
MARQ. No abres la boca
sin decir una sentencia.
MAN. ¡Tanta bondad...
MARQ. Digo bien.—
Me casaré, sin embargo.
MAN. Oh!
MARQ. Y te doy á tí el encargo
de que me busques con quién.

MAN. No es mejor ser libre?
MARQ. (Sobreexcitado.) No!
Buscármela es menester.
Cualquier drope halla mujer,
y yo... Soy un mónstruo yo?
MAN. Ah, no, no!
MARQ. Muchas calendas
cuento ya, pero...
MAN. Á qué esposa
no haria, señor, dichosa
un hombre de tales prendas?
MARQ. Lo crees tú asi, hija mia?
MAN. Culpa fué solo de usted
tender en vano la red
por dos veces en un dia.
MARQ. Sí, y gano mucho, en resúmen,
no inmolando mi quietud
á una vieja sín salud
ó á una niña sin chirúmen!
MAN. Sólo cuando la conciencia
rompe el yugo del demonio,
puede ser el matrimonio
negocio de tanta urgencia.
MARQ. Sí.
MAN. Hombre maduro...
MARQ. (Es muy guapa.)
MAN. No tiene, señor, excusa
si una polla le engatusa
ó una jamona le atrapa.
MARQ. Bien dices, si; á no estar chocho...
Una de tu edad sería...
MAN. (Ruborizada.)
Yo...
MARQ. Eres jóven todavia...
Veinticinco años...
MAN. Veintiocho.
MARQ. Diez mas que esa coquetuela;
y de un talento que pasma
y un gracejo que entusiasma.
MAN. ¿Qué... Yo... (Dios mio!)
MARQ. Ay, Manuela!...
Yo te amo!

MAN. Á mí!...
MARQ. No es tramoya.
Tú eres la qne me convienes.
¡Y de otra sufrí desdenes,
teniendo en casa tal joya!
MAN. Joya! Ah! no. Yo no soy digna,
señor, de tanta fortuna.
MARQ. Sí, mi bien, más que otra alguna,
y si te muestras benigna...
MAN. (Yéndose.) Con licencia...
MARQ. Huyes de mí!
MAN. Señor!
MARQ. Quizá otra pasion
subyuga tu corazon.
MAN. Ah! No; pero...
(Va otra vez á retirarse, y el Marqués la detiene.)
MARQ. Quieta aquí!
Acepta el mio en tributo
y venturoso me harás.
He aquí mi mano. De hoy mas
tú eres mi rey absoluto.
MAN. No. Es locura.
MARQ. (Picado.) Sí, notoria
locura. Hombre tan cascado
no puede ser de tu agrado.
MAN. Por qué no?
MARQ. Qué escucho! Oh gloria!
MAN. Si amo á quien me da el sustento,
sin mirar si es viejo ó mozo,
¿no lo está diciendo el gozo
de que embriagada me siento?
La fé, tal vez temeraria,
de que tantas pruebas doy,
de que tan ufana estoy,
es de mujer mercenaria?
Mas si de altiva me acusa
esta confesion sincera,
mi humildad vuelve á su esfera
y tan alto bien rehusa.
MARQ. Y en esa propia humildad,
con la cuál yo no transijo,
veo yo mi regocijo,

veo mi felicidad.

ESCENA XII.

El MARQUÉS. MANUELA. D. GAUDENCIO.

D. GAUD. Ya la singular batalla...
MARQ. ¿Quién habla... Ah! mi buen amigo.
Me alegro. Serás testigo...
D. GAUD. Sí, del duelo...
MARQ. No. Oye y calla.
Miéntras deslumbrado y loco
novia tras de novia busco,
y con la una me ofusco
y con la otra me equivoco,
dentro estaba de mi granja,
Gaudencio, ¿quién lo creyera!
mi más digna compañera.
Hé aquí mi media naranja.
D. GAUD. Qué oigo!
MARQ. Aquí donde la ves,
si por bella le alzo un templo,
áun más por ser vivo ejemplo
de noble desinterés.
D. GAUD. Sí?
MARQ. Su corazon sencillo,
cuando yo tierno y ufano
pido que me dé esa mano...
D. GAUD. (Que me ha deshecho un carrillo!...)
MARQ. Me la niega.
D. GAUD. En mi opinion,
no debe...
MARQ. Y me ama no obstante!
Me lo ha dicho hace un instante.
MAN. Sí, con todo el corazon.
MARQ. Ya lo oyes; ¡y por modestia
me niega el plácido sí!
D. GAUD. (Ó hay gato encerrado aquí,
ó esa chica es una bestia.)
MARQ. ¿Á ver si tú la persuades...
D. GAUD. Persuadirla? Quita allá!
Nunca de mí se dirá
que á San Márcos doy cofrades;

ántes...

MARQ. Vete noramala!

D. GAUD. Siendo ella de pobre cuna
es de alabar que...

MARQ. Tontuna!
El amor todo lo iguala.

MAN. Yo del vulgo las hablillas
sabria arrostrar serena;
pero... Ay dolorosa pena!...
Señor!... (Se arrodilla.)

MARQ. Por qué te arrodillas?

MAN. Señor!... Soy muy desgraciada.
Le amo á usted, sí, pero en vano...

MARQ. Qué?

MAN. Me honra usted con su mano.

MARQ. Por qué?

MAN. Porque... soy casada!

MARQ. Ahora salimos con eso?
¡Levanta con mil y más...

MAN. Yo... si... (Se levanta.)

MARQ. ¿Ese trago me das
despues de sorberme el seso?

D. GAUD. Vaya un lance!...

MARQ. ¿Y por qué, di,
ocultar tu casamiento?

MAN. Ay señor!, porque me afrento
de mi marido y de mí.
Cedí á su ruego importuno—
maldígale Dios, amén!—
creyéndole hombre de bien...

MARQ. Y resultó que era un tuno?

MAN. Yo, sin mundo y sin malicia...

MARQ. Ya!

MAN. Nos separamos...

MARQ. Pues!

MAN. Y fué á América despues
huyendo de la justicia.

MARQ. Basta.

MAN. Perdon!...

MARQ. Sí, hija mia;
pero ni quiero tu infamia
ni toleran la bigamia

nuestras leyes todavía.

MAN. (Ah!)

D. GAUD. (Me da pena el pobrete,
que el chasco es de alto calibre.)

MAN. Crea usted que, á ser yo libre...

MARQ. Lo creo, y perdono,... y vete.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

MARQ. Fatal don de errar el mio!
Fundo en el casto himeneo
mi dicha, y para lograrla
hasta á una sierva desciendo;
y de las tres hijas de Eva
que me han dado pan de perro,
la que mas me convenia
era por todos conceptos
esa excelente muchacha;
y me ama, lo sé, lo veo;
y miren por donde el diablo
dá al traste con mi proyecto!

D. GAUD. No digas el diablo, que él
siempre fué casamentero;
di que ha venido á salvarte
de sus garras tu buen genio.

MARQ. ¡Puede que tengas razon,
oh amigo!

D. GAUD. Que si la tengo?

MARQ. Sin duda quiere mi estrella
que viva y muera soltero.

D. GAUD. Vine á decirte que ya
está concertado el duelo,
á pistola, á veinte pasos...
Pero ya no tiene objeto...

MARQ. No.

D. GAUD. Pues durante mi ausencia
has mudado de bisiesto.

MARQ. Ay! Sí.

D. GAUD. Dentro de un instante
estará aquí el ingeniero.

MARQ. Bien.

D. GAUD. Por qué tan abatido?
MRRQ. (Con risa forzada.)
Yo? No. (Hagamos un esfuerzo.)

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

D. ED. ¿Dan ustedes su licencia...
MARQ. Adelante, caballero.
D. ED. Vengo á ponerme á las órdenes
de usted...
MARQ. Gracias. Un suceso
imprevisto...
D. ED. Qué?
MARQ. Dirime
nuestra contienda, y me alegro.
D. ED. Cómo! ¿Qué suceso... ¿Quién...
MARQ. Ahora va usted á saberlo.
(Llamando.)
Luisa!
D. ED. (Alguna trama... Alerta!)

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO. LUISA.

LUISA. Tio...
MARQ. Ven.
LUISA. Eduardo! Cielos!
MARQ. Tiene usted otro rival.
D. ED. Otro rival? No lo creo.
MARQ. Sí, y tal, que ni usted ni yo
podemos contra su imperio
rebelarnos.
LUISA. (Ah!)
D. ED. (Á D. Gaudencio.) ¿Qué enigma
es este?
D. GAUD. Yo no comprendo...
(Al Marqués.)
Explícanos...
D. ED. Eh! ¿quién es

ese rival? Acabemos.

MARQ. Nuestro Señor Jesucristo,
Dios y hombre verdadero.

D. GAUD. Ave María purísima!

D. ED. Qué oigo!

LUISA. Señor!

D. ED. Será cierto?

MARQ. Luisa ha hecho voto solemne
de encerrarse en un convento.

D. ED. Compelida por usted
sin duda.

LUISA. No: yo lo niego.
No es de eso capaz un tio
tan generoso, tan bueno,
tan indulgente. Mi voto
ha sido espontáneo; pero...

D. GAUD. (Vale ese pero un Perú.)

LUISA. Quise evitar un sangriento
combate. En mi corazon
luchaban tambien afectos
que... Yo... (Ay de mí!)

D. GAUD. (Pobre nena!)

LUISA. Pero... aun no he tomado el velo...

MARQ. Le tomarás.

D. ED. No en mis dias!

MARQ. Sí, y usted será el primero
que lo aplauda.

D. ED. Yo!

MARQ. Sí tal.
Tambien velan en el templo
á las novias.

LUISA. (Arrodillándose.) Ah señor!

MARQ. (Alzándola del suelo.)
Eh! qué haces?

D. ED. (Va á arrodillarse tambien, y se lo impide el Marqués.)
Ah señor!

MARQ. Quieto!
Dale esa mano.

D. ED. Oh ventura!
(Se dan las manos D. Eduardo y Luisa.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. LUISA. D. EDUADDO. MANUELA.

MAN. (Llega corriendo con una carta en la mano.)
Ay amo mio!
MARQ. Qué es esto?
MAN. Una dicha inesperada...
Quiero decir, dicha y duelo...
MARQ. Habla. Qué locura es esa?
Lloras y ries á un tiempo.
MAN. Acabo de recibir
esta carta...
MARQ. ¿Y qué...
MAN. Es de Méjico.—
Por ella rio de gozo
y lloro de sentimiento.
Soy libre! (Dios le perdone!)
MARQ. Libre?
MAN. Mi marido ha muerto.
MARQ. (Regocijado.)
Ha muerto! Eres libre!
(Con los brazos abiertos.)
Pues...
(Reprimiéndose y mudando de tono.)
Pues rézale un padre nuestro.
MAN. Bien está. (Pobre de mí!)
MARQ. (En voz baja, miéntras hablan entre sí Luisa, don Eduardo y D. Gaudencio.)
Yo tambien, triste y risueño
á la par, te felicito
porque lazo tan funesto
se rompió al fin, y te exhorto,
aunque era tan mal sujeto,
á rezar por el difunto.
Cuenta siempre con mi aprecio...
MAN. Ah mi señor!...
MARQ. Y un buen dote
si algun gallardo mancebo
más digno de tí...
MAN. Ah! no, no.

Viuda moriré...
MARQ. Veremos...
Ahora á solas en tu cuarto...
MAN. Sí, sí. (Ay dolor!...) Obedezco.

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS. LUISA. D. EDUARDO. D. GAUDENCIO.

D. GAUD. Juan, querido Juan!
MARQ. Qué dia!
D. GAUD. ¿Impugnarás todavia
el saludable sistema...
MARQ. No. Desisto de mi tema.
Sabios son tus argumentos,
y si á tantos escarmientos
yo no me rindiese aún,
de mi sentido comun
daría una pobre idea.
Ya ni á bonita ni á fea
ofreceré mis sufragios.
¿Quién despues de tres naufragios
se vuelve á embarcar? Y pues
Dios me ha enviado en los tres
una tabla salvadora,
yo te juro desde ahora
no buscar tres piés al gato.
Aténgome al celibato
y, en mi propósito firme,
á todo el que quiera oirme
repetiré sin cesar
este proverbio ejemplar:
Cuando de cincuenta pases,
no te cases, no te cases!

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no veo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 26 de Octubre de 1864.

El Censor de Teatros,
NARCISO SERRA.

ıria.
818.
sta de pájaro.
hojuelas.
Polonia.
a Emparedada.

nco.
entiende, ó un hom-
o.
ıtra nobleza.
oro lo que reluce.

e enmienda.
revuelto.
or él.
ıs las de honor, ó el
o del Cid.
ta del jardin.
ballero es D. Dinero.
ıiales.
ıstigo, ó la conquis-
da.

o al Coronell..
ıo abarca.
la mia!
autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid)*.
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un reglcida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
ıena ley.
feo.

ı Gitana.
ırte.
ra.

lo.
uita.
to, ó el Alcalde pro-

.
.
e una ópera.
y la maja.
hortelano.
en Marruecos.
a ratonera.
ıono.
carnaval.
lrama lírico.)
de la Rioja *(Música)*
de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Re l	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.

2772

El Cuarto de hora